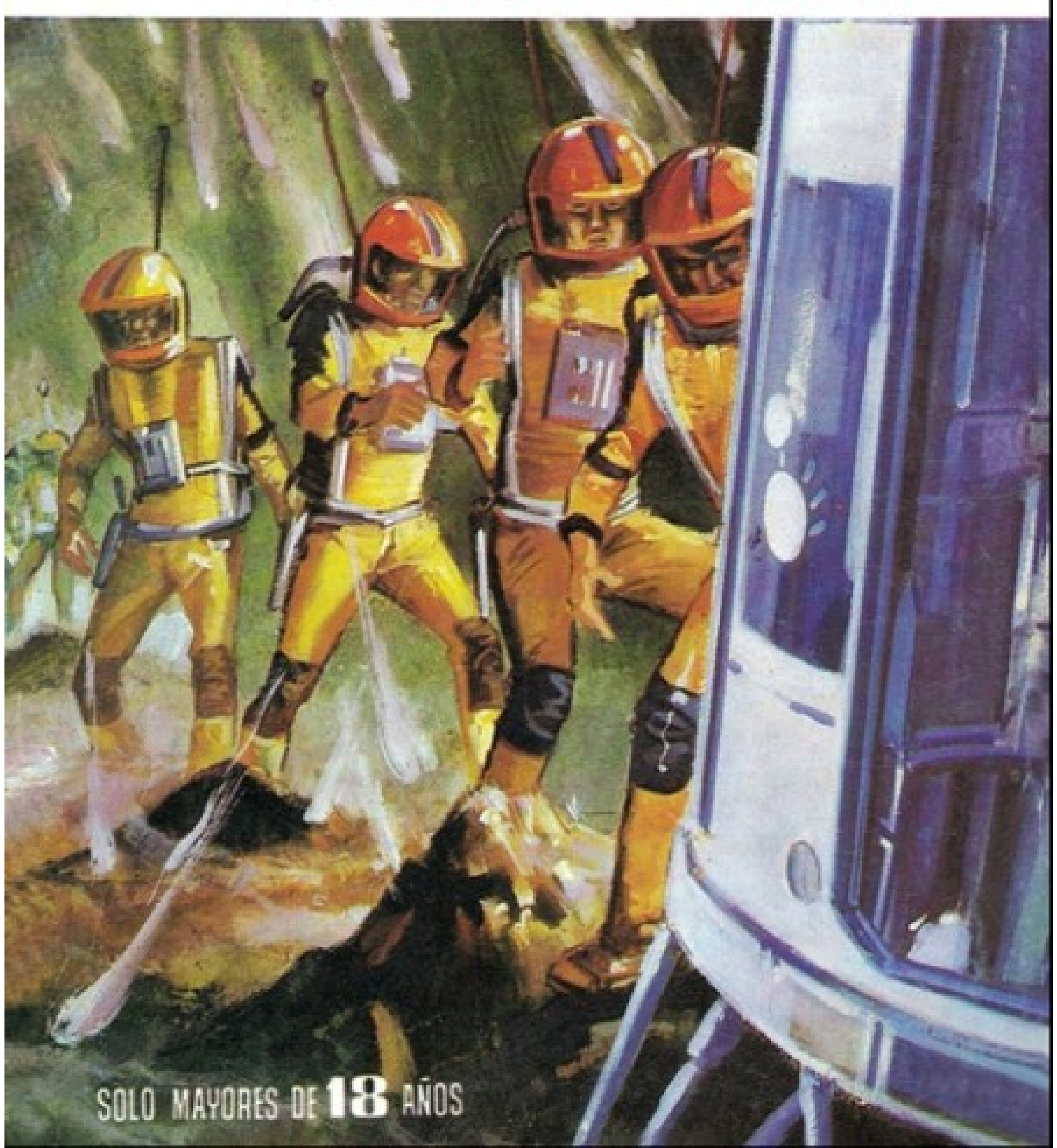
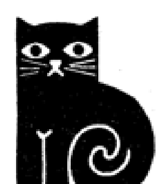
La conquista del ESPACIO

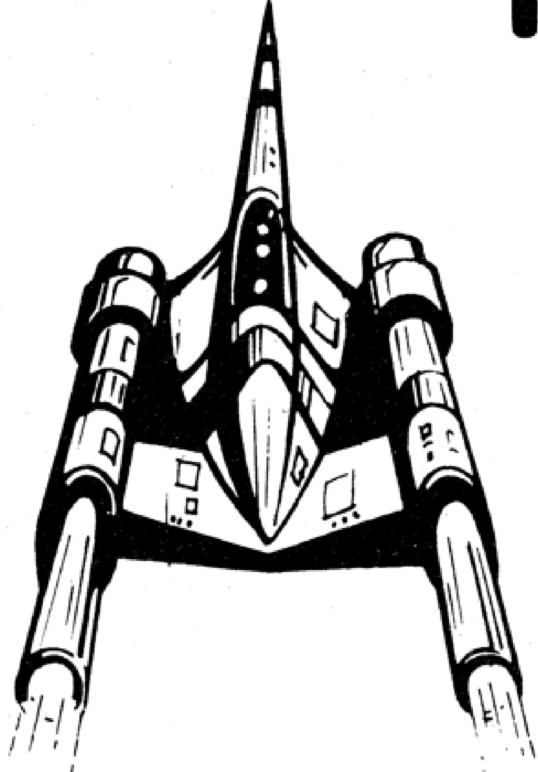
ALI-BABA Y LOS CUARENTA MARCIANOS

Adam Surray

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

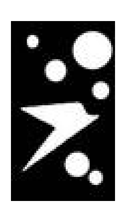
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

529 — *¡Jaque a la Tierra!*, Glenn Parrish
530 — *Cazando insectos en el planeta Okon*, Ralph Barby
531 — *La gran hecatombe*, Kelltom McIntire
532 — *Intrusos de otra dimensión*, A. Thorkent
533 — *El planeta dormido*, Joseph Berna

ADAM SURRAY

ALI-BABA
Y LOS CUARENTA
MARCIANOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 534
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 27.375 -1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Fibra Craly de poliuretano especial.

Suave, vaporosa, opalina...

Casi imperceptible al tacto.

Ajustaba como una segunda piel.

El ultimo adelanto para la lencería intima, pero Warren Bishop prefería el contacto con la primera piel.

Era más natural.

De ahí que tirara hacia abajo del sujetador, dejando en libertad los senos femeninos. Unos prominentes pechos que repiquetearon juguetones hasta quedar inmóviles. Con erecto pezón que señalaba provocativo.

Warren Bishop los besó.

Una y otra vez.

Hundió su rostro en aquellas cálidas y compactas colinas de aterciopelada piel. Deslizó sus labios por el liso vientre femenino. Su nariz hurgó en el delicioso hoyuelo del ombligo.

Escuchó unos leves gemidos.

Indicadores de que aquello marchaba bien.

La barbilla de Bishop intentó deslizar el elástico del slip. También en fibra Craly. Una prenda diminuta.

—Warren... Warren...

Sí.

Mariel tenía razón.

Ya bastaba de fiorituras y malabarismos.

Las manos de Warren Bishop tiraron de los cierres laterales del slip.

Se incorporó levemente.

Como si deseara una mejor panorámica de aquel escultural cuerpo de diosa pagana.

Se recreó unos instantes.

No muchos.

Mariel Novak era demasiado mujer para perder el tiempo contemplándola.

Se volcó sobre ella.

En busca de sus labios.

Unos labios carnosos y ardientes que ya le esperaban entreabiertos. Se besaron con enfebrecida pasión.

—¡Oh, Warren…! Siempre he soñado con este momento…

—¡Pues anda que yo!

—Quise resistirme —jadeó la muchacha—. No quería ser una más en tu vida.

—Tú eres única, Mariel… ¡Única!

Warren Bishop había deslizado sus labios por la mejilla femenina, mordisqueando el lóbulo izquierdo, el frágil cuello, los endurecidos senos…

—Hazme tuya, Warren…

—Sí, sí, sí… —repitió Bishop sin dar abasto a tanta belleza junta —. Ha llegado el gran momento de…

El súbito zumbido hizo que los dos amantes respingaran al unísono.

—¿Qué…, qué ocurre?

—Están llamando, maldita sea —dijo Warren Bishop, saltando furioso del lecho—. ¿Quién diablos será el inoportuno?

—No le abras, Warren —susurró Mariel, sensual—. Vuelve…

—¿Abrirle? ¿Crees que estoy loco? Voy a desconectar el sonido.

Warren Bishop acudió al panel mural de la habitación.

Al pulsar uno de los mandos se iluminó una pequeña pantalla.

—El muy… Eh, Mariel. Ven a echar un vistazo.

La joven acudió junto a Bishop.

Contempló el rostro que aparecía en pantalla.

—Es David…

—¡Al diablo con él! —Bishop oscureció la pantalla accionando seguidamente una palanca. El intermitente sonido de llamada enmudeció—. Ya no nos molestará.

—Pobre David… Últimamente parecen no irle muy bien las cosas.

—¿Y a quién le marchan bien? Estamos en época de vacas flacas, Mariel. Anda, volvamos a…

—¿Qué querría a estas horas? Ya casi es medianoche.

—¿David? Darme algún sablazo. Le conozco bien. Sigamos con lo nuestro, Mariel —Bishop condujo a la muchacha hacia el lecho—. ¿Por dónde íbamos? Creo recordar que nos habíamos quedado en…

—¿Qué es eso?

Golpes.

Aunque sonaban lejanos, alguien estaba golpeando la puerta de entrada al apartamento.

—¡Maldito sea! ¡Le voy a…!

—No te enfades, Warren. Puede que se trate de algo urgente. ¿Por qué no hablas con él?

—¿Acaso no conoces a David Sheffler? ¡No podré quitármelo de encima!

—Pues tampoco parece resignado a marcharse sin verte.

En efecto.

Los golpes eran ahora más audibles. Sin duda propinados con mayor violencia.

Warren Bishop resopló resignado.

—De acuerdo. Le despacharé en cinco minutos.

En una de las sillas estaba el pijama.

Bishop terminó de ajustárselo por el corredor.

Al llegar al *living* los golpes eran ya frenéticos.

Hizo girar el cierre de la metálica puerta.

Sorprendió a David Sheffler con el brazo en alto. Su diestra aferraba una linterna semiabollada.

—¡Warren! Llevo horas llamando. ¿No te funciona el sonido?

—¿Y a ti? ¿Te funciona la cabeza? ¿Qué diablos quieres a estas horas de la noche?

Sheffler se había introducido en el apartamento.

Pasó directamente al salón.

—Un whisky, Warren… Necesito un whisky.

—¿Qué quieres de mí, David? Dilo pronto que tengo mucho sueño.

David Sheffler frisaba en los treinta y cinco años de edad. Vestía una chaqueta de piel sintética con cremallera hasta el cuello y pantalón embutido en botas de altas cañas.

Ya había localizado el recipiente de whisky.

Y no se molestó en buscar vaso.

Aplicando el gollete a los labios bebió largamente.

—Toma asiento, Warren. Lo que voy a decirte te impresionará.

Bishop denegó con un movimiento de cabeza.

—Lo dudo. Y no voy a sentarme, puesto que te vas a largar de inmediato. ¿Cuánto necesitas? Tengo poco en efectivo, pero de seguro te solucionará el problema.

Sheffler rió en nerviosa carcajada.

Chasqueó la lengua.

—Eres un buen tipo, Warren. Siempre dispuesto a ayudarme, pero en esta ocasión soy yo quien va a favorecerte. Tengo una noticia para ti. Telemundo-3 te pagará miles de rulars por ella.

—Magnífico, David, magnifico. Y quieres un adelanto, ¿no? Perfecto. Te daré cien rulars. ¿O prefieres dólares? Creo que puedo reunir unos cinco mil dólares.

—Les he visto, Warren.

Bishop se disponía a abrir uno de los compartimientos del mueble principal del salón.

Ladeó la cabeza.

Fijando su mirada en Sheffler.

—¿A quién has visto?

—Los OVNI, Warren. He visto a uno de esos OVNI rojos.

—¿Esa es la noticia? —Bishop hizo una mueca—. Se cuentan por miles los testigos que han visto y fotografiado un OVNI rojo. No sólo en Estados Unidos, sino también en Estados Unidos de Europa y en los países anexionados. Llevan más de un mes sobrevolando el planeta. Se puede decir que ya no son noticia.

—Lo mío es diferente, Warren. Yo he visto a uno de ellos. A uno de los tripulantes. Yo he visto a uno de esos marcianos.

CAPITULO II

Warren Bishop pronto cumpliría ¡os treinta años de edad. Complexión atlètica. Rostro de correctas facciones. Coeficiente de inteligencia elevado… y con dosis de paciencia.

De ahí que terminara por sentarse.

Resignado.

—¿Y bien, David? ¿Cómo era tu marciano?

—Fue esta mañana, Warren. Al amanecer. Yo regresaba de Nevada pilotando un Japeto-XF de la Cook Aircraft. Un servicio urgente, ¿sabes? Entregué una mercancía en Nevada. Regresaba de vacío. Al sobrevolar el Shawn Desert sufrí una avería en el motor. Ya conoces los Japeto. Son chatarra. Sólo desesperados como yo se atreven a pilotarlos.

—Sigue, David, sigue.

Sheffler volvió a atizarse un trago de whisky.

Su excitación parecía ir en aumento.

—No lograba dominar el aparato. Los mandos se volvieron locos. Empezaba a perder altura. Paulatinamente me fui desviando de la ruta adentrándome en Shawn Desert. Milagrosamente realicé un aterrizaje de emergencia que resultó perfecto. No funcionaban los indicadores de orientación ni el sistema de comunicación. Eché un vistazo al motor. Podía arreglarlo de forma que permitiera salir de aquel infierno.

Apagué motores y esperé que se enfriara. El sol, pese a lo incipiente de la mañana, ya era abrasador. Caminé hacia unas rocas próximas. Desde allí se dominaba una gran extensión de tierra. Llevaba un visorcular. Me dediqué a enfocar la zona. Fue entonces cuando le vi.

Sheffler enmudeció.

Pasó el dorso de la zurda por los labios.

—Al marciano, ¿no, David?

Sheffler sacudió la cabeza.

Estaba pálido.

—No podía dar crédito a mis ojos, Warren. Regulé al máximo la capacidad de alcance del visorcular. Le contemplé con todo detalle. Era muy alto. De unos dos metros de estatura. Lucía un traje

plateado y escafandra rojiza de vidrio. Su aspecto físico no era alarmante. El yelmo no permitía ver su rostro. Lo alucinante era contemplar cómo se deslizaba por el terreno sin tocarlo. Sin que sus botas pisaran tierra. Era como si llevara unos patines invisibles.

—Muy interesante —Bishop ahogó un bostezo—. Oye, David...

—Aún no he terminado. El extraño ser se detuvo frente a una roca protegida por montículos pedregosos. Permaneció unos instantes inmóvil. Luego..., luego la roca se abrió. Sí, Warren. Se fue abriendo lentamente. El alienígena penetró en aquella oquedad y de inmediato la gigantesca roca volvió a unirse. Yo quedé como paralizado. Permanecí largo tiempo sin atreverme a mover un solo músculo. Pese a la considerable distancia que me separaba de aquellas montañas temía ser descubierto. Ignoro el tiempo transcurrido, pero un nuevo suceso me hizo temblar de pies a cabeza. Yo mantenía el visorcular enfocado. La tierra se abrió frente a aquella roca. Formando un recuadro. Y de allí brotó como una exhalación el platillo volante. Durante una fracción de segundo pude seguirle con el visorcular. Un platíbolo de cegador color rojizo. Deltoide. Superficie superior curvada y la inferior plana. Me pareció distinguir tres aletas en la cola. Autosustentador dado su extraordinario diseño aerodinámico. Pronto desapareció de la capacidad de mira del visorcular. Y entonces sí me dominó el pánico. Corrí hacia el Japeto-XF. Mi grado de excitación hizo que la reparación me demorara tres horas. Acabo de aterrizar en la pista de la Cook Aircraft y tú eres el primero en conocer lo ocurrido.

—Has hecho muy bien, David. Si le cuentas la historia al servicio de seguridad de la Cook Aircraft pierdes el empleo.

Sheffler parpadeó.

—¿No me crees?

—Seguro. Toma los cien rulars y déjame en paz.

—¡Al diablo con tu dinero! —vociferó David Sheffler—. ¡Es cierto, Warren! ¡Todo cuanto te he dicho es la verdad! Tú eres uno de los mejores informadores de Telemundo-3. ¿Prefieres que proponga la noticia a los otros canales?

Bishop se incorporó.

Entornó los ojos.

—Oye, David. Ya he tenido bastante paciencia para ahora soportar tus gritos. Toma el dinero si quieres y lárgate.

—No has creído una sola palabra...
—¿Qué esperabas?
—Yo si te creo, David.
Bishop y Sheffler desviaron la mirada hacia la puerta de entrada al salón.
Allí estaba Mariel.
Con el ceñido y corto vestido en dorado sildorex modelando la perfección de su cuerpo.
—Hola, Mariel —saludó David Sheffler, forzando una sonrisa—. Ignoraba que... Ahora comprendo lo inoportuno de mi visita. ¿Has escuchado mi historia?
—¿Historia? —rió Bishop, adelantándose a la respuesta de la muchacha—. Más bien cuento. Un cuento infantil. Un cuento clásico de la literatura infantil. ¿Quieres conocer el título?
—«Ali Babà y los cuarenta ladrones.»
—Correcto, Mariel.
—He dicho la verdad, Warren —la voz de Sheffler era un susurro apenas audible—. Juro que no miento.
—Un fulano frente a una montaña. No tiene más que gritar el «ábrete, Sésamo» y entra en la cueva. ¿Cuento de ladrones? Oh, no... Ahora se trata de «Ali-Babá y los cuarenta marcianos».
—¿De qué diablos hablas?
La muchacha sonrió aproximándose a Sheffler.
—Warren está haciendo referencia a un antiguo cuento infantil.
—No lo conozco. Oye, Warren..., ¿qué iba a ganar mintiendo? Estoy aquí por ti. Eres periodista y eres mi amigo. Ofreciendo en exclusiva la noticia a Telemundo-3 te proporcionaría...
—¿Qué noticia, David? Supongamos que creo en tu historia. ¿Cómo convencer a Telemundo-3 de que es real? ¿Qué pruebas tenemos?
—Podemos ir a buscarlas, aunque... tal vez no diera con el lugar a la primera. La avería en el motor ocasionó daños en los restantes equipos. No puedo orientarme con exactitud.
Fueron cientos de millas sin control. Aquello era el Shawn Desert, pero no puedo concretar más.
—Shawn Desert es la zona más despoblada, àrida e inaccesible de todo Estados Unidos.
—Lo sé, Warren, pero terminaría por encontrar el lugar. Tengo

un gran sentido de la orientación. Con sólo alquilar un buen avión me comprometo a...

—No cuentes conmigo.

—Un solo dia, Warren. En un solo día prometo llevarte hasta el lugar exacto.

—No es cuestión de dinero, David. En Telemundo-3 me proporcionan todo tipo de facilidades y presupuestos., ¿Y sabes la causa de ello? Confían en mí. En mi capacidad. Son conscientes de que no perdería tiempo y dinero investigando absurdos. El que tú sugieres, un extraterrestre habitando en una cueva, es demencial. Quiero seguir gozando de la confianza de Telemundo-3.

—Antes no has respondido a mi pregunta, Warren. ¿Qué consigo engañándote? ¿Por qué mentirte? No me des un solo rular o dólar hasta descubrir que todo es cierto, ¿de acuerdo?

—No mientes, David, pero tu historia no es real. La has imaginado. El sol de Shawn Desert, el temor a aquella impresionante soledad, algún golpe en el aterrizaje forzoso...

El rostro de Sheffler se crispó.

—¡Estás hablando con David Sheffler! Mi padre pilotó un bombardero atómico en la Tercera Guerra Mundial. Terminada la contienda fue uno de los destinados a la Operación Cero. Yo tenía por aquel entonces cinco años de edad. Mi infancia trascurrió entre piezas de avión, motores y chatarra. A los diez años ya sabía pilotar un Alex-2000. Y desde entonces no he hecho otra cosa. Vuelos interiores, intercontinentales, a los Países Anexionados de Estados Unidos... El ser un fracasado no me resta experiencia, Warren. He caído junto con mi aparato en infinidad de ocasiones. En pleno océano, en selvas inaccesibles, en zonas polares... ¿Crees que me iba a asustar el Shawn Desert? ¡No, maldita sea! No han sido imaginaciones mías ni originadas por un shock emocional.

Bishop asintió.

Con una mueca.

—No dudo de tu capacidad, David; pero en ocasiones la mente suele gastarnos jugadas insospechadas.

—Comprendo. Adiós, Warren. Ya no te molesto más.

—Un momento, David —Mariel Novak le retuvo por el brazo—. Yo no trabajo para Telemundo-3, pero sí en un importante medio de difusión. *The Field Post* es una de las principales publicaciones del

mundo. Con delegaciones en los Países Anexionados de América y recibido en Estados Unidos de Europa. Consigue el correspondiente permiso y convenceré a mi redactor-jefe a que autorice y patrocine los gastos de la investigación.

—¿Permiso?

—Todo fenómeno relacionado con los OVNI o extraterrestres debe tener autorización de Unicontrol para su divulgación en cualquier medio de comunicación. Es mero formulismo. Puedes ir a Unicontrol-71A, aquí en la Allen Avenue. Tu historia quedará registrada en los *computers* y de inmediato se te concederá el permiso.

David Sheffler asintió.

Con repetido movimiento de cabeza.

—Había olvidado ese requisito… Iré ahora mismo.

—Muy bien, David. Te espero mañana en el bloque de *The Field Post*. ¿Correcto a las nueve?

—Allí estaré. Gracias, Mariel. Gracias por creer en mí.

David Sheffler abandonó el apartamento.

Sin dignarse a despedirse de Bishop.

—¿Satisfecha? —inquirió Warren Bishop, con marcada ironía—. Ya has realizado tu buena acción de hoy.

—Te equivocas. No soy una sentimental. Me parece una interesante historia y el fenómeno OVNI está ahora de máxima actualidad.

—¿Actualidad? Los OVNI llevan siglos observando nuestro planeta. Sospecho que vigilan las pirámides. Ellos la construyeron y temen que nuestra barbarie acabe con ellas. El dia en que eso ocurra atacarán la Tierra.

Mariel rió divertida.

—Es una buena hipótesis.

—Creo que fue un error interrumpir las investigaciones espaciales. Estamos en el mismo oscurantismo de principios del siglo XX. Cuando el hombre quedaba boquiabierto ante la aparición de un objeto volador no identificado.

—Un error hubiera sido continuar esas investigaciones después de padecer la Tercera Guerra Mundial. Todos los esfuerzos fueron encaminados a la reconstrucción. El dedicar millones de dólares a viajes espaciales resultaría suicida. Llevamos más de veinticinco

años de posguerra y todavía no nos hemos recuperado. ¿Imaginas el haber dedicado un elevado presupuesto a la exploración espacial? La posición del dólar con respecto al rular-tipo, ahora ya bastante precaria, hubiera significado el caos económico. La cláusula VII del Tratado Paz Nuevo Mundo fue una de las más acertadas y lógicas.

—Cancelación de todo experimento espacial por parte de Estados Unidos y Estados Unidos de Europa.

—Eso es.

Warren Bishop chasqueó la lengua.

—Jamás encontraré positiva esa cláusula. Tarde o temprano terminaremos por arruinar nuestros recursos energéticos y alimentarios. Tanto los naturales como los producidos sintéticamente. Las reservas, las nuevas fuentes, están en otros planetas. Este letargo es un retraso que lamentaremos. ¿Acaso no sufrimos ya una fuerte crisis?

—Sí. La originada por el gobierno. Por el primer presidente autocràtico de los Grandes Estados de América.

El rostro de Bishop se ensombreció.

—Han sido arios difíciles, Mariel. No resulta sencillo reconstruir una nación tras las devastadoras secuelas de una guerra nuclear.

—¡Por Dios, Warren! ¿Acaso apruebas la política del presidente Buster A. Crabe I? ¡Un presidente autócrata y vitalicio! La Tercera Guerra Mundial terminó merced a un pacto de las dos grandes superpotencias. Se anexionaron territorios y se establecieron colonias por todos los confines de la Tierra. Los Grandes Estados de América y los nuevos Estados Unidos de Europa se repartieron el pastel. Pisoteando los derechos de los otros pueblos. Se creó el «rular» como unidad monetaria mundial. La moneda interior de los países integrados en Estados Unidos de Europa y de sus Anexionados se mantiene fuerte respecto al rular. ¿Ocurre igualmente con el dólar? No, Warren. Nuestra economía camina fatalmente hacia el fracaso. Hacemos crisis por todas partes. No sacamos el fruto de las colonias ni de los territorios anexionados tras el Tratado de Paz del Nuevo Mundo.

—Tenemos un nivel de vida superior al de los países que integran, los Estados Unidos de Europa.

—Fachada. Siempre con nuestra fachada de superioridad. Bonitas y modernas megaciudades, avanzada tecnología… y lo estamos

pagando muy caro. No hemos aprendido la lección, Warren. Nosotros, como siempre, despilfarrando. Ufanos de nuestra aparente superioridad. El gobierno de los Estados Unidos de Europa no proporciona a su pueblo televisión en pantalla tridimensional como nosotros; sin embargo, los recursos energéticos en Estados Unidos de Europa están garantizados por una década. La próxima visita del premier de los Estados Unidos de Europa a nuestro país..., ¿conoces los motivos, querido Warren?

—Pues...

—Yo te lo diré —siguió la muchacha, airada. Sin dar tiempo a una respuesta de Bishop—. Nuestro presidente Buster A. Crabe I va a solicitar un préstamo al gobierno de los Estados Unidos de Europa. ¿Bajo qué condiciones? Se sospecha de una cesión de nuestras colonias de la zona...

—¡Maldita sea, Mariel! ¡No me calientes más la cabeza! ¡Yo no formo parte de los políticos del presidente Crabe!

La joven parpadeó por la brusca interrupción.

Paulatinamente una sonrisa asomó a sus gordezuelos labios.

—Discúlpame, Warren... Me irrita la actual situación del país, pero ciertamente tú no eres culpable.

—No la solucionarás con críticas.

Mariel ahogó un suspiro dejándose caer en el alabeado sillón.

—Correcto. La única solución es un presidente capacitado y sin la ambición personal que impera en el clan de los Crabe. Ya está preparando el terreno a su hijo Ralph Crabe II para que nos gobierne en su retiro. De no acabar con la autocracia de los Crabe caminamos hacia el caos.

—Eres muy pesimista.

—Ya sé que disfrutamos de un presente maravilloso, pero el futuro es sombrío. A largo plazo, péro sombrío.

—Nos queda el consuelo de no padecer una Cuarta Guerra Mundial.

Mariel esbozó una sonrisa.

—Ciertamente es un consuelo. La prohibición de construcción y almacenamiento de todo tipo de arma nuclear o bacteriológica en el Tratado de Paz del Nuevo Mundo fue también una de las cláusulas más positivas.

—No hay duda de que nos estamos civilizando —sonrió Bishop,

con fina ironía—. Ya se demostró en la Tercera Guerra Mundial. Cuando las dos grandes superpotencias iban a echar mano de los artefactos nucleares más destructores, se lo pensaron muy bien. Ya habían ocasionado bastante desolación en el planeta.

—Sí. Mejor repartir lo que quedaba antes de destruirlo por completo.

—Ahá. Lo dicho, Mariel. Somos civilizados.

La muchacha consultó su calculadora-rèloj de pulsera.

Se incorporó del sillón.

—Me voy, Warren.

—¿Irte? Pero si… no puedes…

—Ya es muy tarde, Warren. Sabes que de madrugada colaboro en la difusión del facsímile.

—David Sheffler. La culpa es de David. El muy… Nos estropeó la velada.

—¿Sabes una cosa, Warren? Celebro la visita de David.Llevo mucho tiempo de resistir tus asedios. Hoy hubiera cedido… y mañana te habrías olvidado de mí. Así estás obligado a seguir galanteándome. Y eso es algo que todavía gusta a las mujeres. Adiós, Warren.

—¿Almorzamos juntos?

Mariel rió jovial.

—¿Te das cuentas? Ya empiezas por invitarme a almorzar. *Okay*, Warren. Llámame a *The Field Post*.

Bishop asintió.

Con una mueca que transformó la sonrisa de Mariel en sonora carcajada.

CAPITULO III

Las diferentes líneas del *subway* comarcal unían la mega-ciudad de San Francisco con las localidades cercanas más importantes. Uno de los medios de locomoción más rápidos, económicos y seguros.

David Sheffler hizo trasbordo en el ramal de Macksville.

Otro convoy, igualmente subterráneo, le condujo hasta Salkow Road.

En el extrarradio de Macksville.

A muy poca distancia de las viviendas prefabricadas de la Cook Aircraft.

Lo avanzado de la noche presentaba desiertas las calles de Macksville. Pocas ventanas iluminadas en los edificios. Pertenecientes a noctámbulos idiotizados ante los canales de emisión ininterrumpida de Telemundo.

Sheffler se detuvo frente a una máquina expendedora de bebidas.

Rebuscó en los bolsillos hasta dar con la ficha-crédito magnetizada que introdujo por la ranura de la máquina pulsando seguidamente uno de los botones del tablero,

A los pocos segundos, tras la comprobación y registro de la ficha, se abrió una ventanilla asomando la bandeja expendedora.

David Sheffler recogió el recipiente trípode de hoja de aluminio.

Esbozó una amarga sonrisa al retirar la ficha-crédito

Las siglas perforadas limitaban el crédito. Muy pocas cosas se podían adquirir con aquella ficha.

Una de ella era aquel trípode de whisky.

La suerte jamás había sonreído a Sheffler.

Todos cuantos negocios inició desembocaron en el más estrepitoso de los fracasos. Arruinado una y otra vez. Empeñándose. Ahora era un vulgar piloto de reserva. Destinado a trabajos eventuales en la Cook Aircraft.

David Sheffler arrojó el vacío recipiente.

Las últimas casas de Macksville quedaron atrás.

A lo lejos eran visibles las luces de posición de la pista dei aterrizaje de la Cook Aircraft.

Y los pabellones de servicio. Algo más distantes estaban las pequeñas casas prefabricadas para los empleados de la Cook

Aircraft.

David Sheffler ocupaba una de ellas.

Una vivienda de tres habitaciones, reducido mobiliario y nulo confort.

No.

Sheffler no era un individuo con suerte.

Incluso lo del Shawn Desert le había salido mal. Agradecía la buena intención de Mariel Novak, pero hubiera preferido a Bishop. No sólo por la influencia internacional de Telemundo-3. Contaba también la capacidad de Warren Bishop Su nombre en todo reportaje era ya una garantía para los telemundistas.

Warren Bishop hubiera sido el hombre ideal para investigar lo del Shawn Desert.

Tal como hizo en los territorios anexionados africanos. Hace cuatro años. Cuando Telemundo-3 le envió de corresponsal para que informara de la rebelión contra la potestad de los Grandes Estados de América.

Unos magníficos reportajes los realizados por Warren Bishop.

En el rostro de David Sheffler volvió a reflejarse una amarga mueca.

No guardaba rencor a Bishop.

Ciertamente la historia del Shawn Desert era difícil de creer. La existencia de un extraterrestre. Una base de platillos volantes en las entrañas de la tierra.

Sheffler alzó la mirada al negro manto del cielo.

Y la mueca amarga desapareció bruscamente de su rostro siendo reemplazada por el estupor e incredulidad.

Contempló perplejo el disco elíptico que destellaba en el firmamento. Con su cegadora irradiación rubescente. A intermitencias. Fogonazos de nanosegundo.

Súbitamente, tal como parecía haber surgido, aquel halo luminiscente se eclipsó.

David Sheffler permaneció inmóvil.

Parpadeó para seguidamente sacudir la cabeza.

No.

No fue una imaginación, aunque podía tratarse de un avión en llamas o un cuerpo celeste luminoso.

¿El OVNI del Shawn Desert?

Sheffler forzó una sonrisa.

Necesitaba descansar. Había sido un día muy duro. Su alucinante experiencia en Shawn Desert, el vuelo del Japeto- XF en defectuosas condiciones...

Debió descansar y no precipitarse en acudir a Warren Bishop. Tal vez, reposado y coordinando mejor las ideas; se hubiera expresado mejor y convencido a Warren Bishop.

Sí.

Necesitaba descansar.

Llegó ante el *bungalow*.

También allí todo era silencio y oscuridad. Las casas prefabricadas de Cook Aircraft sólo eran utilizadas por empleados en servicio. Incluso muchos de ellos las ignoraban prefiriendo pernoctar en el cercano Macksville.

Penetró en el *bungalow*.

Cuando se disponía a pulsar el mando que cubría la vidriera de recepción solar del techo, descubrió nuevamente el OVNI.

Estaba sobre el *bungalow*.

Desplazándose con lentitud.

Había perdido toda su cegadora fosforescencia.

De ahí que David Sheffler pudiera observarlo con nitidez.

Y el pánico se apoderó de él.

Sheffler se precipitó hacia el armero. Se apoderó del rifle. Un Littlesam dotado de intensifícador de luz para tiro nocturno. Arma utilizada por los servicios de vigilancia en la Cook Aircraft.

Accionó también la palanca de alarma emplazada junto al armero.

El estridente ulular de la sirena turbó el silencio de la noche.

David Sheffler salió del bungalow.

Quedó paralizado.

El artefacto alienígena estaba tomando tierra a unas doscientas yardas de los barracones vivienda.

Un aterrizaje vertical.

Bajo el aparato se iluminaron unos focos. Intensos rayos de blanca luz. Como potentes lámparas de cadmio de millones de watios.

Un aterrizaje por retropropulsión con aquellas encegadoras toberas dirigidas hacia el suelo.

Cuando los rayos lactescentes se eclipsaron surgieron cuatro soportes articulados de aterrizaje. Cada uno de ellos dotado de un disco faviforme que amortiguaba la toma de tierra.

Parte de la ovoide superficie inferior de la cosmonave se descorrió abriéndose en una línea recta.

Una rampa acerada se extendió desde el aparato al suelo.

De las viviendas empezaron a salir sus alarmados moradores.

—¡Coged las armas! —gritó David. Sheffler—. ¡Tenemos que detenerles mientras llegan los de Seguridad!

Nadie obedeció.

Estupefactos hombres mantenían los ojos fijos en aquel desconocido platíbolo. Aterrorizadas miradas centradas en la plataforma. En espera de que alguien hiciera su aparición.

En efecto.

No se hizo demorar.

Una figura humana empezó a descender por la rampa. Lentamente, aunque sus movimientos no eran los característicos en un robot androide. Vestía un traje argénteo ceñido por ancho cinturón dotado de luminosas cartucheras. La cabeza protegida por yelmo de vidrio rojizo que impedía ver su rostro. Sus manos cubiertas por una especie de manoplas metálicas de dos únicos dedos de acero. Dos gruesas planchas, a modo de zapatos, formaban pieza con el plateado traje.

Sí, pisaba tierra.

A diferencia del alienígena que David Sheffler descubriera en el Shawn Desert.

El extraño ser alzó el brazo derecho.

Uno de los dedos del guantelete brilló fugaz.

Y al momento el ulular de la sirena de alarma cesó,

Fue aquel brusco silencio lo que acentuó el terror en David Sheffler. Enfocó el rifle hacia el extraterrestre. Apuntando al bermejo yelmo vidriado.

Apretó el disparador.

Sheffler era un buen tirador.

Máxime con un Littlesam de alta precisión y mira telescópica nocturna.

El proyectil alcanzó su objetivo, pero su único efecto fue el rebotar en la escafandra. Sin causar daño alguno. El alienígena ni

tan siquiera pareció acusar el impacto.

David Sheffler intentó repetir el disparo.

Ya era demasiado tarde.

No habría una segunda oportunidad.

El extraterrestre alzó ahora su brazo izquierdo.

Los dos brazos extendidos.

Y de los metálicos dedos de la manopla empezaron a brotar relampagueantes líneas de fuego.

Ciento de ellas.

En todas direcciones.

Donde caía uno de aquellos rayos se originaba una violenta explosión. En cuestión de segundos los pabellones quedaron envueltos en llamas.

David Sheffler fue uno de los primeros en recibir una de aquellas desintegradoras descargas.

Su cuerpo quedó iluminado por un aura de fuego para seguidamente calcinarse y convertirse en cenizas.

Cuando el *wagon-force* de los miembros de Seguridad de la Cook Aircraft hizo su aparición ya todos los barracones estaban en llamas y sus moradores carbonizados.

El vehículo blindado estaba patrullado por seis hombres y dotado de armamento convencional. Dos ametralladoras Zoom-771 y cañón de proyectiles teledirigidos Dousserfal con equipo de multifuego.

El jefe de Seguridad de la Cook Aircraft iba al mando del *wagon-force*.

Ordenó detener el vehículo a prudente distancia.

—¡Fuego las Zoom-771! —vociferó con desencajado rostro. Alucinado por el dantesco espectáculo—. ¡Contra ese maldito aparato! ¡Colocar la bocacha al cañón! ¡Proyectiles quemadores!

Los hombres obedecieron con prontitud.

Mientras las Zoom-771 vomitaban metralla era cargado el cañón con proyectiles esféricos.

Pronto brotó de la bocacha una de las esferas de fuego.

Una de las granadas envolvió al extraterrestre en voraz llama. Le hizo tambalear, aunque no llegó a perder el equilibrio. Se elevó unas pulgadas del suelo. Las planchas de los zapatos ya no tocaron tierra.

Y fue entonces cuando se deslizó veloz hacia la plataforma del platíbolo.

Por entre las llamas de las esferas que estallaban a su alrededor.
Sin acusarlas.
Protegido por su traje atérmano.
Antes de introducirse en la astronave giró con el brazo derecho extendido.
La considerable distancia que le separaba del *wagon-force* no fue impedimento para la destructora acción de aquellos rayos.
Vehículo y dotación.
Maquinaria y hombres.
Todo saltó por los aires.
En atronadora explosión.
Una gigantesca llamarada se elevó al cielo escupiendo los requemados restos del *wagon-force*.
Carbonizados sus tripulantes.
El artefacto alienígena despegó verticalmente desapareciendo como una exhalación.
Dejando tras de sí fuego, destrucción, muerte…

CAPITULO IV

La cámara terminó por enfocar una amplia zona de Cook Aircraft.

—Con esta estremecedora panorámica damos por terminado el reportaje. En nuestro próximo informativo de Telemundo-3 volveré a, estar con ustedes ampliando datos de tan alucinante suceso.

El equipo de conexión de Telemundo-3 dio por finalizada la transmisión.

Toda la zona de Cook Aircraft había sido acordonada por agentes especiales de Unicontrol. Capitaneados por el inspector Alfred Beatty. El doctor Douglas Webber y un elevado número de ayudantes eran los encargados de los exámenes tecnológicos.

—Inspector Beatty…

—¿Qué quiere ahora, Bishop? Lleva toda la mañana importunando en mi trabajo.

—Es mi deber facilitar información de lo ocurrido.

—Ya le he dicho que los servicios informativos de Unicontrol proporcionaran a los medios de comunicación una nota oficial. Lógicamente todavía no hemos llegado a una conclusión.

—Hay testigos que aseguran haber visto a un OVNI.

El rostro del inspector Alfred Beatty se endureció.

Dirigió al periodista una severa mirada.

—Se equivoca, Bishop. No hay testigos. Sólo cuerpos carbonizados. Nadie vio a un platíbolo descargar fuego contra las viviendas de Cook Aircraft. Y le aconsejo madure bien lo que comunica a los televidentes.

—Los de la torre de control vieron elevarse un ÒVNI de entre los incendiados barracones.

—Eso no significa que fuera el causante de la tragedia.

—¿Por qué no me permite examinar la zona?

—Lo han hecho sus cámaras, ¿no es cierto?

—Sí, pero a distancia. Estamos muy lejos del lugar del suceso. Sus agentes cortan todos los accesos.

—Oiga, Bishop…, ¿no comprende la magnitud de lo ocurrido? El doctor Webber, del Departamento Atómico Unicontrol, es el único capacitado para recorrer la zona. Con el equipo adecuado.

—¿Hay indicios de radiactividad?

—Sí.
—¿Evacuación de Macksville?
—¡Maldita sea, Bishop! ¿Por qué hace preguntas estúpidas? Tenemos medios para contrarrestar esa radiactividad.
Warren Bishop sonrió.
Fríamente.
—Depende del grado detectado por los centellómetros. ¿Qué índice han registrado los contadores, inspector?
—No puedo responderle a esa pregunta. ¡Y ahora déjeme en paz! Tengo mucho trabajo.
El inspector Alfred Beatty se alejó a grandes zancadas.
En dirección a la zona acordonada.
Gran número de vehículos e infinidad de curiosos cercaban el terreno delimitado por Unicontrol. Periodistas, informadores y *cameramans* pugnaban por ampliar datos del suceso.
—¡Eh, Warren...!
Bishop ladeó la cabeza.
A su encuentro corría Mariel Novak.
De su cuello colgaba una cámara fotográfica.
—Acabas de llegar, ¿no? —sonrió Bishop, encendiendo un cigarrillo—. Siempre al pie de la noticia.
La muchacha hizo caso omiso al burlón comentario. —Es horrible, Warren.,, ¿Cómo ha ocurrido? ¿Es cierto que fue un OVNI el atacante? Bishop asintió.
Borrando la sonrisa de su rostro.
—Vieron a un OVNI salir de la zona incendiada. Eso es todo. No hay testigos de que fuera e! causante de la destrucción; pero tampoco se necesitan. Semejantes efectos devastadores no son originados por armas terrícolas. Se puede derrumbar un edificio o destruir un carro blindado..., pero no desintegrarlos. Eso fue lo que ocurrió con el *wagon-force* de los servicios de Seguridad de Cook Aircraft. Vehículo y hombres desintegrados.
Mariel agrandó los ojos.
Estupefacta.
—¿Cómo lo sabes?; Acabo de ver tu emisión por el micro-televisor del auto. No has mencionado eso.
—Unicontrol ha decretado el *top secret*. En espera de la versión oficial. El inspector Beatty, antes de que instalara las cámaras, me

indicó que enfocara únicamente los barracones destruidos. Entre los *bungalows* y la pista de aterrizaje de la Cook Aircraft han levantado un hangar. Me consta que es allí donde desintegraron el *wagon-force* junto con su dotación.

—¿Quién te ha informado de ello?

Bishop exhaló una bocanada de humo. Esbozó una sonrisa.

—Sabes que dispongo en mi apartamento de una unidad receptora de *videopress*. Fui informado de la destrucción de los *bungalows* de Cook Aircraft a los pocos minutos de originarse. La noticia fue cursada por el radio-canal de la WCA instalado en Macksville.

—Y te comunicaste con ellos de inmediato.

Warren Bishop chasqueó la lengua.

—No, Mariel. Consideré más positivo telefonear a la torre de control de Cook Aircraft. Poco pude sacar de mi aterrorizado interlocutor, pero si fueron datos muy interesante que...

— ¡Señor Bishop!

Uno de los *cameramans* de Telemundo-3 hizo una seña a Warren Bishop.

Conversaron unos minutos.

Al retornar junto a la muchacha el rostro de Warren Bishop reflejaba una dura mueca.

—Bueno, Mariel. Aquí ya hemos terminado. Ordenes de Consejo Supremo de Unicontrol. No más información de suceso de la Cook Aircraft. Únicamente se facilitarán los datos que suministre el Departamento de Información de Unicontrol. Los demás medios de información debemos retirarnos.

—Warren...

—¿Si?

—¿Crees que David Sheffler...? ¿Estará entre las víctimas:

—Sí, Mariel.

—Dios mío...

—De David quería hablarte. Llévame a San Francisco y conversaremos durante el trayecto.

—¿Y tu auto?

—Me he desplazado en un helicóptero de Telemundo-3. Vamos, Mariel —dijo Bishop, rodeando con el brazo derecho los hombros femeninos—. Deseo enmendar mi error con David.

—¿Quieres decir,..?
—Sí, Mariel. Voy a investigar el OVNI del Shawn Desert.

CAPITULO V

Un Strave-25 último modelo. Biplaza. En turboflite y con motor de carga estratificada. Techo de vidrio térmico abatible. Asientos moldeados. Luces traseras en toda la parte posterior del auto. Alumbrado electroluminiscente en el interior. Mandos para conducción automática y computadora portátil adaptable a cualquier pista electrónica.

Un buen vehículo.

Mariel Novak conducía por una de las autopistas de rápido acceso a San Francisco. La extraordinaria autonomía del Strave-25 le permitía utilizar aquella veloz vía.

Ya estaban próximos a la megaciudad.

—¿Qué te ocurre, Warren? ¿No quieres ampliarme datos por temor a que los utilice en *The Field Post*?

Bishop sonrió.

—Disculpa... Estaba pensativo. Puedo contarte todo. Y ten por seguro que la censura gubernamental no te autorizará a publicarlo. Tampoco yo podré divulgarlo por Telemundo-3. Un caso más de materia reservada.

—Es lógico, Warren. No se puede alarmar al país pregonando que un OVNI ha atacado Cook Aircraft causando elevado número de víctimas y daños.

—Es la primera vez que defiendes los métodos de opresión característicos de Unicontrol.

—Y desgraciadamente terminaré por aceptarlos.

—De sabios es rectificar.

—Yo no rectifico —aclaró Marie!, con un mohín de disgusto—. Me resigno. Tú sí has rectificado. Ahora piensas hacer caso al pobre David. Ahora que está muerto.

Warren Bishop extrajo la cajetilla de tabaco.

Tiró de la fina lámina acoplada en el extremo para el encendido del emboquillado.

—Precisamente su muerte me ha hecho cambiar de opinión. Su muerte... y los datos recibidos del controlador de la torre de Cook Aircraft. La sirena de alarma sonó durante breves minutos. Al enmudecer empezaron las explosiones en los *bungalows*. La alarma

fue accionada desde una de las viviendas.

—La de David Sheffler.

—Correcto, Mariel. Los de la torre de control comunicaron de inmediato con el servicio de seguridad. Se envió un carro blindado. Un *wagon-force*. El reglamentario para la seguridad en empresas de las características de la Cook Aircraft. Con seis tripulantes. Según el controlador, el vehículo saltó por los aires a unas cien yardas de los barracones. Y segundos más tarde vio surgir el OVNI. Desde la torre de control, orientada principalmente hacia la pista de aterrizaje, no pudo contemplar si hubo intercambio de fuego. Tampoco escuchó nada debido a la insonoridad de la cabina.

—¿Cómo no detectaron la llegada del OVNI?

—Esa fue una de mis primeras preguntas, Mariel. Los de la torre de control no esperaban la llegada de ningún avión ni estaba programada salida alguna; no obstante el radar estaba en funcionamiento. Hubiera detectado y alertado de la proximidad de cualquier artefacto volador.

—Y no lo hizo.

—No, Mariel. Incluso después de que el OVNI se alejara como una exhalación. Tampoco fue registrado en la pantalla del radar su trayectoria. Ni el más leve «blip». No hay duda de que la tecnología de los marcianos es muy avanzada.

La muchacha sonrió.

—Marcianos... Davis les llamó así, ¿verdad?

—En efecto. Es lo usual. Estamos como en los inicios del siglo XX. Todo objeto volador no identificado o extraterrestre era de inmediato catalogado como marciano o selenita.

—La luna quedó descartada por los astronautas del siglo XX. La pisotearon a conciencia sin descubrir signos de vida.

—Les quedó todo lo demás por hacer. Marte, Venus, Júpiter... Únicamente se limitaron a los «Mariner», «Saturn», «Venus».,.

—Todas esas sondas espaciales y vehículos no tripulados, determinaron que eran planetas sin vida. .

—¿De veras? No posaron el pie en ninguno de ellos. Puede que sí exista vida en Marte.

—Maravillosa utopía.

—¿Maravillosa?

—Sí, Warren. Resulta reconfortable imaginar que existe otro

mundo. Otros seres diferentes a nosotros. Seres inteligentes que habitan en una tierra feliz. Sin maldad, sin opresión, sin meritocracia...

—No te hagas muchas ilusiones —rió Bishop—, Puede que en Marte esté un sosias de nuestro amado presidente Buster A. Crabe I o un gobierno similar al que regenta el poder en Estados Unidos de Europa.

—Correría el riesgo, Warren. Marte antes que la Tierra. Nosotros ya no tenemos solución.

—No digas tonterías. Hemos aprendido mucho de la Tercera Guerra Mundial.

—La única lección es que el pez grande se come al pequeño.

—¿Y te parece poco? La Tercera Guerra Mundial fue originada, según los cronistas, por el incordiar de los pequeños países. Afortunadamente las dos grandes superpotencias autolimitaron sus respectivas armas nucleares.

—¡Convirtieron la Tierra en un basurero!

—No, Mariel. Pudieron destruirla mil veces. Tal era la capacidad de aniquilación del armamento nuclear almacenado. Se lo pensaron un poco y terminaron por repartirse el pastel. Así es mejor para todos.

—¿Para todos? —inquirió Mariel, mordaz—. ¿Eso crees, Warren?

—Para todos... exceptuando los Países Anexionados,

—Eres muy gracioso.

—Y tú hablas demasiado. Modérate o terminarás frente a un Tribunal de Unicontrol.

La muchacha apretó con fuerza los labios.

Decidió por no responder a Bishop.

Se limitó por centrar su atención a los canales de acceso a San Francisco. Se adentraron en la megaciudad por la pista automática de Salinas.

—¿Dónde quieres ir, Warren? Yo voy a cualquier computadora pública a transmitir mi artículo para *The Field Post*. Me temo que terminaré en seguida. ¿Sigue en firme tu invitación para almorzar?

Bishop consultó el digital electrónico de pulsera. Asintió.

—Seguro. Déjame en la Rich Avenue. Es el Departamento de Unicontrol más cercano, ¿verdad?

—¿Qué piensas hacer ahí?

—Solicitar la autorización para la investigación en e Shawn Desert. La que obtuvo David Sheffler se la llevó con sigo al Más Allá.

* * *

Incluso el severo uniforme de Unicontrol resultaba seductor en Debbie Hemsley. Imposible paliar la exuberancia de aquellos prominentes senos ni la ampulosidad de las torneadas caderas.

—¿Qué haces aquí, Debbie? Te imaginaba en la Computer Center de Unicontrol.

La muchacha sonrió.

Exultante.

También su rostro destacaba sensual.

Especialmente en aquellos carnosos y húmedos labios

—Traslado disciplinario, Warren. Del Computer Center a una de las terminales. ¿Y tú? Tampoco es esta tu zona.

—Estoy de paso y cualquier departamento de Unicontrol es bueno para solicitar una autorización.

—Investigación informativa para su posterior difusión ¿correcto?

Bishop asintió sonriente.

—Eso es.

—Dame tu ficha de identidad, Warren.

Bishop le tendió la cartulina magnetizada.

La bella agente de Unicontrol la introdujo por la ranura de uno de los ordenadores de la sala de teleproceso y *computer*.

A los pocos segundos apareció por la bandeja expulsora junto con una ficha perforada de color verde.

—*Okay*, Warren. Eres un ciudadano modelo y Unicontrol todavía no ha puesto tu cabeza a precio. Eres digno de su confianza. Sígueme.

Debbie recorrió parte de la sala para situarse frente al teclado de una computadora con pantalla incorporada.

—¿De qué se trata, Warren? ¿Un caso nuevo o ya ha sido otorgada una clave de investigación?

—Creo que ya tiene signatura. Fue cursada ayer noche. En el Departamento Unicontrol de la Allen Avenue. Por el ciudadano David Sheffler.

Debbie fue tecleando en el panel.

—¿Asunto?

—Investigación OVNI.

—Muy del momento —sonrió Debbie pulsando los mandos del *computer*—. ¿Crees que fue un OVNI el causante de lo ocurrido en la Cook Aircraft?

—¿Me lo preguntas a mi? Tú eres un agente de Unicontrol.

—Lo mío es la informática, Warren. De lo demás no… ¿Has dicho el Departamento Unicontrol de la Allen Avenue?

—Sí.

—¿Ayer?

—Ahá.

—No se recibió ningún caso sobre OVNI, Warren —dijo la muchacha con la mirada fija en la pantalla—. Ninguna denuncia ni se cursó autorización alguna de investigación.

—Tal vez acudió a otro departamento de Unicontrol. Puede que el de Barrio Scott o en Tawer Road.

—Programaré todos los departamentos de la ciudad. Al centrarnos en un solo día y con el nombre del solicitante se limita mucho el proceso… No, Warren. No aparece. David Sheffler no se presentó ayer en ninguna oficina de Unicontrol. Al menos de San Francisco.

Bishop arqueó las cejas.

—¿Estás segura?

—Es la máquina la que está segura, Warren —sonrió Debbie—. No hay posibilidad de error. ¿Programamos en las ciudades cercanas a San Francisco?

—No. David Sheffler no salió de aquí.

—Presenta el caso como tuyo y de inmediato te curso la autorización.

Warren Bishop dudó.

Terminó por mover la cabeza de un lado a otro.

—Antes debo cerciorarme de algunos datos. El tal David Sheffler vio a un OVNI junto con un supuesto marciano —sonrió Bishop—, Estudiaré un poco el terreno antes de decidirme a denunciar el hecho.

—Si temes una posible amonestación por difusión de bulos no tienes más que basarte en Sheffler. Haremos constar que se fundamenta en unas declaraciones de David Sheffler ¿Es de confianza? Quiero decir si no rectificará su historia

—No la rectificará, Debbie. David Sheffler murió ayer En los *bungalows* de la Cook Aircraft.

La joven agente de Unicontrol parpadeó repetidamente,

—Cielos…, ¿y tú imaginas que su muerte guarda relación con el OVNI que quiso denunciar? ¿Puede ser el mismo que supuestamente atacó la Cook Aircraft?

—Esas son las preguntas que yo me hago, Debbie.

—Solicita la investigación bajo tu responsabilidad, Warren. Creo que tienes la más fabulosa de las historias para Telemundo-3.

—Lo haré, Debbie, pero antes debo encontrar algún indicio, por pequeño que sea, que termine de convencerme. Esperaré a la versión oficial de Unicontrol sobre lo ocurrido en la Cook Aircraft. Nos volveremos a ver.

—¿Por qué no almorzamos juntos? Dentro de treinta minutos puedo…

—Lo lamento, Debbie —interrumpió Bishop—. Ya tengo una cita. ¿Sigues en el Bloque 14?

—Sí. Aún no he encontrado apartamento por aquí.

—Lo dicho, pequeña. Nos volveremos a ver. Gracias por todo.

La muchacha correspondió a la sonrisa de despedida dedicada por Bishop:

Tecleó en el panel del *computer* para borrar los datos aparecidos en pantalla y pulsar la palanca de registro.

Paulatinamente la sonrisa desapareció del rostro de Debbie Hemsley.

Reemplazada por una mueca de estupor.

Manipuló repetidamente en el teclado. Con la mirada fija en la pantalla.

También los ojos de Debbie parpadearon incrédulos.

Acentuando en su rostro la mueca de perplejidad.

CAPITULO VI

Las imágenes reflejadas en el televisor mural eran espeluznantes.

Dantescas.

Seguidas con tenso silencio por todos cuantos se encontraban en la sala de teletex de Telemundo-3.

Un silencio sólo turbado por la voz que surgía de los discos-sonido del televisor mural.

Una voz que contenía difícilmente su emoción.

Su impotencia para narrar las escenas reflejadas en la pantalla.

Un objeto volador no identificado había atacado la central nuclear de Thorpe Fiat, en Texas, ocasionando una horrenda explosión apocalíptica. Todo el personal técnico y de mantenimiento de la central había perecido.

El Departamento de Energía Atómica de Unicontrol había desplazado todos sus efectivos para contrarrestar las radiaciones ionizantes emitidas en la fuga de los radioelementos.

Bergersburg, Jackson City, Dolan Creek y Jaggersville estaban siendo protegidas por los sistemas antirradiactivos. Había que combatir el terrorífico efecto de los *rads*. La dosis mortal se calibraba en los seiscientos *rads*. La explosión de Thorpe Flat dejaba en libertad cifras estremecedoras.

Debían ser atajadas.

Impedir la expansión de los radioelementos.

Se recomendaba incluso la utilización de los refugios antinucleares existentes. Pese al aislamiento de instalación de la central nuclear de Thorpe Flat todas precauciones eran pocas.

La voz del locutor fue reemplazada por uno de los científicos de Unicontrol.

Recomendó oficialmente la utilización de los refugios nucleares mientras durara la batalla contra la radiactividad. Aunque la situación estaba controlada, y sin querer ser alarmista, enumeró los peligros de una eventual fuga. La menor partícula ocasionaría males en la población.

Una diez millonésima de gramo de plutonio provocaría alteraciones epidérmicas precancerosas, desequilibrios en la composición sanguínea, muerte de las membranas mucosas, anemia,

disminución de leucocitos, hemorragias internas y externas por rotura de los vasos sanguíneos…

Todo ello por una diez millonésima de gramo.

Warren Bishop abandonó la sala de teletex.

Se introdujo en uno de los tubo-elevadores pronunciando en el micro del panel la planta quince.

Al salir de la cilíndrica cabina se adentró por un largo corredor que desembocaba en espacioso *hall*.

Toda aquella planta dotada de iluminación electroluminiscente.

Bishop llegó ante un mostrador de recepción.

—Quiero hablar con el jefe.

El individuo situado tras la mesa arqueó las cejas.

Aquello no era usual.

Para una entrevista con el director de Telemundo-3 eran necesarios muchos trámites; no obstante decidió por cursar la petición.

Pulsó unas teclas del videointerfono.

La respuesta apareció en la micropantalla.

—Puede pasar —anunció el recepcionista—. El señor Welles le espera.

Warren Bishop avanzó hacia una puerta que se abrió automáticamente. Recorrió un pequeño pasillo dotado de *electric-eye* de seguridad que comprobaba la identidad del visitante y detectaba la existencia de algún tipo de arma. Si todo resultaba correcto se alzaba una puerta de guillotina que conducía directamente al despacho.

Así fue.

Bishop penetró en la amplia estancia.

Edward Welles se situaba tras la semicircular mesa escritorio. Cercado por el videointerfono, varios visorfonos y por un equipo de microprocesador.

—Buenas noches, señor Welles. Gracias por recibirme.

Edward Welles frisaba en los setenta años de edad. Comandante de telecomunicaciones durante la Tercera Guerra Mundial. Su meritoria labor durante los primeros años de posguerra le habían encumbrado hasta alcanzar la dirección de Telemundo-3 en California.

—¿Buenas? Eres muy optimista, Warren. Siéntate.

Se abrió una plancha en el suelo emergiendo un módulo metálico de una sola pieza.

Warren Bishop tomó asiento aceptando el cigarro ofrecido por el director de Telemundo-3.

—Necesito un bono-ficha, señor. Precisamente por la gravedad de los últimos acontecimientos me he permitido el acudir directamente a usted quebrantando los formulismos de rigor. Lo necesito para mañana.

—Imagino que quiere desplazarse a Thorpe Flat.

—Dudo que pueda superar a los compañeros de Texas, señor. Acabo de ver la emisión en directo. Solicito un Far-WA perfectamente equipado. Y no para volar a Texas, sino a Nevada. Concretamente al Shawn Desert.

En el anguloso rostro de Edward Welles se reflejó una mueca de perplejidad.

—¿Al Shawn Desert? ¿A qué?

—En un lugar del Shawn Desert existe una base subterránea de OVNI.

Welles quedó en silencio.

Limitándose a parpadear repetidamente.

Reaccionó a los pocos instantes esbozando una sonrisa.

—Una base marciana, ¿eh, Warren?

También Welles,

El directo asociaba OVNI con marciano.

Era un mal endémico.

—Eso quiero averiguar, señor.

—¿Quién le ha dado la información?

—David Sheffler. Un piloto de la Cook Aircraft. Murió en el incendio de los *bungalows*.

—David Sheffler… Muy interesante. Tengo aquí grabado el informe oficial de Unicontrol sobre el suceso de Cook Aircraft. Lo acabo de recibir para su divulgación en los boletines. En efecto un OVNI aterrizó en Aircraft. No parecía bélico, pero uno de los hombres de la Cook Aircraft comenzó a disparar como un loco. ¿Quiere conocer el nombre del insensato?

—David Sheffler.

—Correcto. Fue él quien desencadenó la tragedia.

—¿También la de Thorpe Flat?

Edward Welles se adelantó apoyando los codos sobre la semicircular mesa.

Fijó sus ojos en Bishop.

Inquisitivos.

—¿Estás insinuando que fue el mismo OVNI?

—Entra en lo posible. Del suceso de Cook Aircraft al de la central nuclear de Thorpe Flat media menos de veinticuatro horas. El OVNI fue visto en cielo tejano. Un objeto volador rojizo que...

—Ese mismo artefacto fue contemplado hoy en los Estados Unidos de Europa —interrumpió Edward Welles con gravedad—. Poco más o menos a la misma hora en que era atacada la central de Thorpe Flat. En los Estados Unidos de Europa arrasó la pequeña localidad de Skoborg. La convirtió en cenizas. Junto con sus habitantes.

Bishop palideció.

—Ignoraba...

—He sido informado de ello hace contados minutos, Warren. Por el canal privado de Servicio Inteligencia Unicontrol. Junto con la orden de que todos los boletines informativos de Telemundo-3 quedan cancelados y sustituidos por los que emita Unicontrol. Se ha convocado una reunión urgente del Comité Neutral Nuevo Mundo. Seria la primera reunión en veinticinco años. Después del Tratado Paz Nuevo Mundo no hubo necesidad de convocatoria alguna.

—¿Tan grave es la situación?

—En Skoborg existía igualmente una pequeña central nuclear. ¿Quién nos está atacando? ¿Por qué...? El Comité Neutral puede decidir la intervención de sus servicios de inteligencia o fuerzas armadas. Tanto aquí como en los Estados Unidos de Europa. Incluso ambas potencias podrían unirse para combatir a un peligro común. Y la amenaza viene del espacio, Warren. Naves extraterrestres nos están atacando. ¿Comprendes ahora lo absurdo de una base subterránea de OVNI en el Shawn Desert?

—Conocía bien a David Sheffler, señor. Era un hombre experimentado. Puede que no fuera realmente una base, pero si vio algo. Tal vez uno de esos objetos alienígenas busque el refugio en la desolada tierra del Shawn Desert.

—¿Quieres echar un vistazo a nuestros archivos, muchacho? Hay cientos de testimonios semejantes. No de un solo testigo, sino de

grupos de gente que vieron platíbolos en las profundidades del Gran Cañón, en las costas de Florida o sobrevolando el Río Grande. Y no por eso se envió investigación alguna. Ni tú la solicitaste. ¿Por qué con David Sheffler es diferente?

—Sheffler acudió a mí, señor. No di crédito a su historia.

Edward Welles hizo una mueca.

—Comprendo. Ahora David Sheffler está muerto. Víctima del ataque de un OVNI. Correcto, Warren. Te concederé un bono para tu excursión por el Shawn Desert. En el hipotético caso de que algo te llamara la atención recuerda que Unicontrol debe ser el primero en saberlo. Máxime después de los sucesos de hoy.

—Gracias, señor,

—Hablaré ahora mismo con George Hammer. Cuando llegues abajo ya estará dispuesta la autorización.

Warren Bishop se incorporó y el asiento que le sostuvo desapareció en tierra ajustándose al recuadro del que había salido. La plancha brillante del piso se cerró ocultándolo.

Bishop abandonó la planta.

Las palabras del director de Telemundo-3 resultaron proféticas.

George Hammer, responsable del departamento de presupuestos y financiación, ya le tenia preparada la orden de entrega,

—¿Qué significa esto, Warren? Piensas cazar fieras en las reservas de la anexionada Africa?

Bishop sonrió examinando el documento.

Un Far-WA.

Con todo su equipo.

Técnico y bélico.

La Schroder Aircraft Corporation efectuaría la entrega.

—Algo mucho más emocionante, George —dijo Bishop, firmando el acuse—. Con un poco de suerte te conseguiré una pieza. De seguro será única en tu colección.

Se encaminó hacia su despacho.

Mientras ordenaba algunos papeles en un portafolios pulsó la palanca del video-audio grabador de los mensajes recibidos en su ausencia.

Uno de ellos era cursado por Debbie Hemsley,

Había telefoneado repetidamente durante toda la tarde. Siempre con el mismo mensaje.

«Necesito verte. Es urgente. Debbie.»

Warren Bishop consultó el digital de su electrónico de pulsera.

Desde su almuerzo con Mariel no había vuelto a probar alimento alguno. Aunque ya no eran horas para cenar confiaba en la hospitalidad de Debbie.

Siempre había sido muy generosa.

Precisamente, en aquel mismo momento, Debbie Hemsley recibía a un… extraño visitante.

CAPITULO VII

Debbie Hemsley habitaba uno de los apartamentos del Bloque-14. Uno más del gigantesco monstruo de cemento que era el Robards Center. Edificios colmena unidos entre sí. Como un ciclópeo pulpo de extendidos tentáculos nacidos de macrocéfala esfera.

El Robards Center era como una pequeña ciudad.

Dotado de todos los servicios.

Algunos de los bloques jamás recibían la luz del sol, pero eso no importaba. Todos los apartamentos estaban dotados de paneles rayoscentes.

Apartamentos pequeños, pero con los máximos adelantos.

Cocina electrónica, lavaplatos ultrasónico, congelador-refrigerador abatible...

Una maravilla.

Un sueño en un mundo de pesadilla.

Debbie abandonó el salón pasando al dormitorio.

Dado lo avanzado de la hora, y considerando las alarmantes noticias dadas por televisión, Warren Bishop ya no acudiría a visitarla.

En Telemundo-3 estarían todos muy ocupados.

Debbie pulsó uno de los mandos del microprocesador doméstico convenientemente programado para que desconectara el televisor y demás aparatos eléctricos no imprescindibles de funcionamiento permanente. Ese mismo microprocesador, al día siguiente, haría sonar el despertador, conectaría automáticamente el tostador del pan, encendería la cafetera eléctrica y regularía la temperatura del baño ahorrando el menor esfuerzo físico al inquilino.

El microprocesador contribuía también a un consumo más óptimo y a un ahorro energético.

Debbie procedió a desvestirse.

Pasó al contiguo cuarto de baño luciendo tan sólo el sujetador y el reducido slip.

El espejo mural reflejó su escultural cuerpo.

El sujetador difícilmente controlaba los opulentos senos femeninos.

Todos los elementos del baño, construidos en plástico especial,

formaban una sola pieza integrada a los muros.

La bañera ya repleta de agua.

A la temperatura programada.

Con el jabón líquido, sales y perfume debidamente combinados.

Debbie se llevó las manos a la espalda para separar las dos tiras adhesivas del sujetador.

Depositó la prenda sobre uno de los taburetes.

Contra todo pronóstico, aquellos lujuriantes senos no perdieron su tersura. Continuaron firmes. Erguidos, Duros... Prominentes eran también los pezones cercados por ancha aureola.

La muchacha recogió el pelo tras la nuca.

Seguidamente introdujo los pulgares bajo el elástico del slip deslizándolo por sus ampulosas caderas.

Debbie se contempló en el espejo mural.

Chasqueó la lengua mientras bajaba las manos por los senos, por el vientre y terminando el recorrido en la acentuada curva de las caderas.

Sí.

Puede' que estuviera empezando a engordar.

Volvería a tomar las pastillas adelgazantes.

Su vientre, aunque de deliciosa curva, había perdido finura. Al igual que sus pronunciadas...

Debbie desorbitó los ojos.

Interrumpió bruscamente el examen crítico a que se sometía.

Reflejando en su rostro una alucinante mueca de terror y asombro.

Giró con rapidez.

No.

No había sido una ilusión.

La fantasmal figura que contempló tras ella en el espejo era real.

—¿Quién..., quién...?

El horror impedía hablar a Debbie.

Contemplaba aterrorizada al extraño e inquietante individuo.

Vestía mucílago traje negro. Brazos terminados en esférico muñón dotado de varios orificios. Aquella especie de manoplas le llegaban hasta la articulación del codo. Calzaba unas insólitas botas de gruesa suela. Una canana ceñía su cintura. A la espalda, a modo de mochila, un artefacto lenticular e iridiscente.

La cabeza oculta por una escafranda herméticamente cerrada al cuello. La parte delantera de vidrio rojizo. La posterior del yelmo en fuliginoso material y dotada de protuberancias esféricas a ambos lados.

Debbie no podía ver su rostro.

Aquel vidrio rojizo era nebuloso.

—Hola, bella terrícola.

Aquella voz acentuó aún más el terror en Debbie.

Una voz con modulaciones metálicas. Como si procediera de una cámara de resonancias acústicas.

—¿Quién..., quién eres? —logró articular Debbie—. ¿Qué quieres de mí?

El individuo rió.

Sí.

Aquel sonido infrahumano era una carcajada.

—¿Has oído hablar de Marte?

Debbie retrocedió.

Pálida como un cadáver.

Alucinada por aquella fantasmagórica voz.

—No... no es verdad.

—Soy un marciano, bella terrícola. Nuestra apariencia física es muy similar, aunque reconozco que las mujeres de Marte no se pueden comparar a ti.

Debbie no reparó en su desnudez.

El terror era quien dominaba su mente.

De nuevo aquella espeluznante risa.

—No me crees, ¿verdad? De acuerdo, terrícola. Te convenceré.

Paulatinamente el coralino vidrio del yelmo se fue haciendo translúcido.

Límpido,

Permitiendo contemplar el rostro del individuo.

La visión de *aquello* pareció enloquecer a Debbie.

Desencajó las facciones en máximo paroxismo de horror. Sin apartar sus alucinados ojos del monstruoso ser.

Un rostro deforme.

Minicéfalo.

Unicular...

Un rostro de amorfa carne. Blanda. Inconsistente... Cada

parpadear de aquel único ojo hacía mover su rostro como si fuera de gelatina. Nariz y boca se confundían en un solo y viscoso orificio carente de labios. Por orejas sobresalían dos protuberancias anómalas.

Sí.

Debbie enloqueció ante aquella visión.

Sólo así se explica que se lanzara sobre el extraterrestre golpeando con sus débiles puños el vidriado yelmo.

El individuo la rechazó con violencia.

El empuje hizo trastabillar a Debbie que, al colisionar con uno de los salientes, terminó por perder el equilibrio cayendo aparatosamente en el interior de la repleta bañera.

El alienígena extendió el brazo derecho.

De uno de los orificios de la metálica manopla brotó una zigzagueante línea de blanquecina luz.

El agua de la bañera empezó súbitamente a burbujear mientras que el cuerpo de Debbie era víctima de violentas sacudidas. Brutales espasmos que hacían golpear sus brazos y piernas contra las paredes de la bañera.

El extraterrestre bajó el brazo eclipsando el rayo de nívea luz.

Contempló el renegrido y ya inmóvil cuerpo de Debbie.

De nuevo sonó la infrahumana voz del individuo:

—Lo lamento, terrícola. Ha sido una pena..., una verdadera pena...

CAPITULO VIII

Warren Bishop volvió a teclear en el panel telefónico de la cabina.

Por la bocina situada a su espalda le llegó el característico sonido de llamada, pero ninguna voz.

Consultó el digital.

Llevaba más de quince minutos tratando de comunicar con Debbie.

Ayer noche, al acudir a su apartamento, tampoco respondió a las reiteradas llamadas.

Y ahora, en los primeros compases del nuevo día, continuaba igualmente sin responder.

Warren Bishop termino por deducir que la bella agente de Unicontrol se había ausentado de la megaciudad.

Ayer, después de las insistentes llamadas en el apartamento telefoneó a Unicontrol de la Rich Avenue sospechando que Debbie Hemsley cumplía servicio en turno de noche.

No era así.

Le informaron que entraría nuevamente en servicio a las 10 a.m.

Y Bishop no podía esperar tanto tiempo.

Tampoco Debbie tuvo la ocurrencia de dejar conectado el grabador automático de su teléfono.

Abandonó la cabina situada a la entrada del hangar sur de la Schroder Aircraft Corporation.

Warren Bishop subió hasta el cuello el *zipper* de la chaqueta de piel. Aquella brisa del amanecer era fría en la explanada.

—¡Warren...! ¡Warren...!

Bishop ladeó la cabeza.

Parpadeó al ver salir a Mariel del hangar.

La muchacha corría a su encuentro agitando la mano derecha.

—Temí no encontrarte, Warren —jadeó con amplia sonrisa—; pero afortunadamente he llegado ha tiempo.

Bishop dirigió una suspicaz mirada a la joven.

Mariel vestía un equipo de piloto similar al suyo.

Se percató del casco que la muchacha sostenía en su mano izquierda. Con el distintivo de la Schroder Aircraft Co.

—¿A tiempo de qué, Mariel?

—Voy contigo, Warren.

Bishop chasqueó la lengua mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—No, amiguita, no… Estás muy equivocada. ¡Adiós!

—¡Eh, Warren! ¡No puedes hacerme eso! —Mariel le retuvo con vehemencia. Casi en un abrazo—. ¡Después de todas las molestias que me he tomado! Ayer noche traté de comunicarme contigo. En tu domicilio, en Telemundo-3. Quería que me ampliaras algunos datos para una edición extra de *The Field Post*. Fue Hammer quien me informó de tu…

— ¡El bocazas de George!

—No te ocasionaré trastorno alguno, Warren. Todo lo contrario. Puede serte de mucha ayuda. Sabes que domino la fotografía. Me haré cargo de…

—No, Mariel. Lo lamento —interrumpió Bishop por segunda vez —. No quiero pasajeros.

La joven se apretujó un poco más.

—¿Por qué, Warren…? Ya estoy preparada. Los de la Schroder Aircraft Co. me han proporcionado el equipo. Intenté comunicarme contigo y proponer el acompañarte. Por favor, Warren…

Bishop empezó a flaquear.

—No es prudente, Mariel. Reconócelo.

—No seas absurdo. Tú sí debes reconocer lo ridículo de tu idea. ¡Encontrar un OVNI en el Shawn Desert! El único peligro es el del aburrimiento. Contemplar tierra y más tierra… Un panorama monótono, Warren. Puedo hacerte más agradable la misión. ¿Qué te parece hacer… *pic-nic* al pie de una duna?

—¿Serías capaz?, —rió Bishop, divertido por la directa insinuación de la joven—. ¿A pleno sol?

—Incluso en la cabina del avión.

—*Okay*. No me has convencido, pero prefiero que me acompañes a seguir aquí perdiendo el tiempo.

—¡Oh, Warren…! ¡No te arrepentirás!

Caminaron hacia el Far-WA.

Un avión de reconocimiento dotado también de lanzacohetes autopropulsados y de sistema antirradar.

Se acomodaron en la cabina.

Warren accionó la palanca de comunicación con la torre de control.

Antes de que pronunciara palabra alguna le llegó la voz por el micro.

—Base Tres llamando a Far-WA-T3. Cancele el vuelo… ¿Me escucha, Far-WA-T3?

Bishop y Mariel intercambiaron una mirada.

Las facciones de Warren Bishop se endurecieron.

—Llamando a Base Tres… Llamando a Base Tres… No recibo señal alguna de vosotros… Cambio a la segunda frecuencia programada y despego según el plan previsto. Cierro.

—¡No tiene autorización de vuelo, Far-WA-T3! ¡No puede…!

Bishop simuló no oír aquella voz.

Desconectó el sistema de comunicación a la vez que iniciaba el funcionamiento del motor.

El avión era un aparato de despegue S.T.O.L.

De ahí que en corto trayecto de pista emprendiera ya veloz vuelo.

Warren Bishop manipuló en el indicador de orientación, mando de vuelo y demás pulsadores del cuadro de instrumentos. Accionó igualmente el programador-guía que le alertaría del menor error.

—¿Quién habrá dado esa orden, Warren?

Bishop se encogió de hombros.

Con fingida indiferencia.

—Pudo ser el director de Telemundo-3 o Unicontrol.

—La segunda hipótesis es poco tranquilizadora

—¿De veras? —sonrió Bishop, irónico. Encendió un cigarrillo que, apenas succionar, le fue arrebatado por la muchacha—. Te advertí de las dificultades, Mariel.

—No tengo miedo.

—Por supuesto, Mariel. Todavía es pronto. Espera a llegar al Shawn Desert.

* * *

—Lo dicho, Warren, Peor que la aguja en el pajar.

Bishop desvió la mirada del radar.

—Ni el más insignificante de los *blip*. Se burlo al potente radar de la Cook Aircraft es lógico que este resulte un juguete. Tampoco el contador Jar-R detecta la presencia de ningún objeto extraño.

—¿Te sorprende? Esto es el Shawn Desert. Ni las ratas del desierto lo habitan. Está fuera de toda ruta. Si David Sheffler llegó hasta aquí fue por el fallo mecánico de su aparato.

—Voy a tomar tierra. En la explanada que circunda aquellas montañas.

—Me parece muy bien —corroboró Mariel—. Estiraré un poco las piernas.

El Far-WA aterrizó majestuoso.

Envuelto en una nube de polvo rojizo que paulatinamente se desvaneció.

Warren Bishop abrió un maletín.

Contenía las piezas de un rifle multifuego Sheik-77 que fácilmente montó acoplando la mira telescópica.

Junto con las cartucheras de munición tomó también el contador Jaw-R.

—No olvides la cámara fotográfica y el visorcular, Mariel.

—¿Qué tenemos para comer?

—Deja eso para más tarde. Ahora vamos de excursión.

—¡Pero yo tengo hambre!

Bishop saltó del aparato.

A los pocos minutos le imitó la muchacha.

—¡Cielos! ¡Qué calor! —exclamó Mariel al pisar la quemada tierra—. Esto debe ser antesala del infierno.

—Menos protestar y sígueme. Escalaremos aquella colina.

Mariel rió en cascabelera carcajada.

—Ya. Entonces enfocamos el visorcular y... ¡OVNI a la vista! ¿Esperas tener la misma suerte que David?

—¿Suerte? David está muerto.

Un mohín hizo borrar la sonrisa de Mariel.

—Me refería a...

—Sé lo que quieres decir, Mariel. Ciertamente sería mucha casualidad que fueran estas montañas las que describió David. Aquella roca del fondo puede ser la cueva de Alí-Babá y los cuarenta marcianos.

—¡Abrete, Sesamo! —gritó la joven, retornando su cantarína risa.

Bishop enfocó el visorcular.

Chasqueó la lengua.

—No, Mariel. Nada. Los marcianos utilizan otra contraseña.

La muchacha se despojó de la chaquetilla.

Desabotonó los primeros cierres de la gris camisa para seguidamente recostarse a la sombra ofrecida por una de las rocas de la montaña.

—Este sol adormece… Avísame, cuando lleguen los marcianos. Les invitaremos a almorzar.

Warren Bishop no hizo ningún comentario.

Continuó explorando los alrededores con el potente alcance del visorcular.

Interiormente reconocía lo ridículo de aquella situación.

Aun dando por cierto el que David Sheffler descubriera un OVNI, no lo vio salir de la tierra. Eso fue sin duda producto de su imaginación. Un efecto óptico. Al igual que el alienígena. Imposible la existencia de una base extraterrestre en el Shawn Desert.

Warren Bishop desvió la mirada hacia la joven.

Sonrió.

Mariel yacía con los brazos en cruz. Los ojos cerrados. El subir y bajar de sus senos en acompasado respirar.

Bishop también se despojó de la chaquetilla.

Dejó el visorcular junto con el riñe y el contador.

Se tendió junto a Mariel.

Su diestra se posó sobre la rodilla de la muchacha. Subió acariciando el muslo ceñido por el pantalón. Extendió los dedos al llegar al liso vientre femenino.

—¿No tienes calor, Mariel?

—Se está bien aquí —susurró la joven, sin abrir los ojos—. Es una sombra deliciosa. . —Tu piel está húmeda…

Sí.

Bishop podía percibirlo.

Había introducido su mano derecha bajo la camisa. La retiró para con ambas manos terminar de desabotonar la blusa.

La abrió descubriendo los senos de Mariel,

Puntiagudos.

Apuntando con erecto pezón.

Bishop los aprisionó.

Uno en cada mano.

Al principio con suavidad para seguidamente oprimirlos una y otra vez en lascivas caricias. Se percató del endurecimiento de

aquellos senos, de la rigidez que se acentuaba en los rosados pezones...

Mariel ya había abierto los ojos. Tendiendo sus brazos hacia Bishop. —Bésame, Warren..., bésame...

Bishop se volcó a horcajadas sobre la muchacha apoderándose ávidamente de los gordezuelos labios de la joven. En lujurioso beso que era correspondido por Mariel. Súbitamente la muchacha quedó rígida. Sus brazos, que colgaban del cuello de Bishop, dejaron de abarcarle.

—¿Qué te ocurre...?

Mariel mantenía la mirada fija en el cielo. Los ojos muy abiertos. —Allí, Warren... ¿Qué es aquello? Bishop se ladeó quedando sentado en el suelo. Hizo sombra con la palma de la mano para amortiguar los efectos del sol.

—Parece..., es un buitre...

—¿Un buitre?

—Sí, Mariel. Hubiera sido más romántico una paloma, pero... ¡Maldita sea...! ¡Hay otro sobre el avión!

Bishop y Mariel se incorporaron casi al unísono.

En efecto.

Sobre una de las alas traseras del Far-WA.

Un buitre.

—Está muy quieto...

—Tanto mejor —dijò Bishop, atrapando el rifle—. Le voy a volar la cabeza de un balazo.

— ¡No lo hagas, Warren!

—¿Por qué no? ¿Te resultan simpáticos?

—Temo que puedas marrar el tiro y dañar al aparato.

—Mi puntería es...

—Puede rebotar el proyectil, Warren. Alcanzar alguna parte importante del avión.

—De acuerdo. Tienes razón al ser prudente. Liquidaré al de arriba. El disparo espantará al del avión y cuando emprenda el vuelo podré matarle también. Ahora fíjate en mi puntería.

Accionó la cámara de fuego de bala.

Levantó el cañón de! Sheik-77.

El buitre planeaba lentamente en el cielo.

Apenas Warren Bishop le hubo enfocado con la mira telescópica

el buitre extendió las alas alejándose a gran velocidad.

Como una exhalación.

Elevándose hasta desaparecer convertido en invisible punto.

El estupor hizo perder a Bishop unos preciosos segundos.

Cuando se precipitó sobre el visorcular para seguir la veloz y fugaz trayectoria, ya era demasiado tarde.

Ya no quedaba el menor rastro.

—Dios mío… ¿qué era eso, Warren?

—No lo sé, pero sí puedo decirte algo. No era un buitre.

Mariel tragó saliva.

Pálida.

Dirigió los ojos hacia la planicie donde se emplazaba el Far-WA,

—Sigue ahí, Warren… el… el otro.

—Tranquila, pequeña. Recoge el visorcular y el Jaw-R. Nos acercaremos. Cuando esté a unas veinte yardas le suelto un balazo y luego nos dedicaremos a examinarle detenidamente.

Comenzaron a descender el montículo.

Warren Bishop iba abriendo camino.

Con el rifle en posición de disparo.

—Warren…

—¿Sí?

—La… la flecha de Jar-R está oscilando.

Warren Bishop giró acudiendo veloz junto a la muchacha.

Más que oscilar la aguja del Jaw-R emprendió frenético movimiento. Los indicadores señalaban hacia el avión mientras que todos los micropuntos de alarma se iban iluminando.

—Por todos los… ¡Al suelo, Mariel!

—Pero…

—¡Al suelo! —gritó nuevamente Bishop, abalanzándose sobre la joven.

La arrojó a tierra aplastándola con su cuerpo.

Justo en el instante en que se originaba la atronadora explosión.

CAPITULO IX

Fue como si la tierra se resquebrajara.

Tembló por la violenta explosión.

Un vibrar acusado por Bishop y Mariel que se mantenían abrazados sobre la rojiza tierra.

Warren Bishop fue el primero en incorporarse.

Ayudó a la muchacha.

Ambos fijaron la mirada en la voraz columna de fuego que envolvía los restos del aparato.

El Far-WA era un montón de chatarra diseminada.

—Dios mío..., ya no podremos salir de aquí... ¡No podremos salir jamás de este desierto!

—Cálmate, Mariel.

—¿No lo comprendes? —gritó la muchacha—, ¡Estamos en pleno Shawn Desert! ¡Cercados por cientos de millas de tierra inhabitable! ¡Sin agua ni alimentos! ¡No tenemos salvación, Warren! ¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir lentamente! ¡Sin posibilidad de...!

Bishop le soltó un trallazo con la zurda.

Mariel enmudeció agrandando los ojos.

—No vamos a morir, Mariel —Bishop rodeó protectoramente los hombros femeninos—. Estaba programada nuestra ruta. Acudirán a buscarnos.

—Cortamos el contacto por radio, Warren. ¿No recuerdas? Será imposible que nos localicen sin...

—Detectarán los restos del avión, Mariel. No lo dudes. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Se miraron a los ojos.

Mariel asintió.

Aquel movimiento de cabeza hizo resbalar dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

Respiró con fuerza,

—Era una bomba, ¿verdad, Warren?

—Sí.

—¿Y el otro... buitre?

—Sospecho que un transmisor de televisión.

—¿Nos espiaban?

—Seguro. Y ahora nos creen muertos,

—¿Qué vamos a hacer, Warren?

Bishop alzó la mirada al cielo.

—Puede que envíen nuevamente al «buitre» para que les informe. Mejor será que busquemos lugar donde escondernos. Dame la mano, Mariel.

Se adentraron por el dédalo de montañas comenzando la

ascensión de uno de los peñascos.

La concavidad formada por unas rocas hizo detenerse a Bishop.

—Este parece un buen refugio. Buena sombra y dominamos parte de la explanada. Dudo que...

Warren Bishop se interrumpió.

Fija su mirada en el horizonte.

En una diminuta nube de polvo que se aproximaba a gran velocidad.

También Mariel se percató de ello.

—¿Qué puede ser eso, Warren?

Bishop tomó el visocular.

Instintivamente sus manos se crisparon.

No pronunció palabra alguna.

Se limitó a pasar el visorcular a Mariel.

La muchacha enfocó aquel lejano punto que paulatinamente se iba haciendo más grande.

Era un vehículo.

Un extraño artefacto sin ruedas.

Elíptico.

Su extraordinaria velocidad le hacía levitar sobre el terreno. Dos turbinas de gas o de propulsión a chorro se acoplaban en su parte posterior. Mitad del combado techo era de vidrio colorado en ambarina tonalidad. El resto del vehículo parecía construido en elástico acero.

Mariel no prestó atención al artefacto, sino a su tripulante.

Podía contemplarle merced al transparente vidrio amarillo del techo.

Se cubría la cabeza con un yelmo. Traje negro. Mucílago. Sus manos eran dos esferas metálicas que se apoyaban en una barra horizontal de conducción.

El vidrio rojizo de la escafandra sí era opaco.

Imposible ver su rostro.

—Viene..., viene hacia aquí, Warren.

Bishop estaba introduciendo en las recámaras del Sheik-77 diferente tipo de munición que extraía de las cartucheras. Preparaba el arma para su utilización en todas sus capacidades de multifuego.

Se aproximó a la muchacha.

Sonrió fríamente.

—Ahí le tenemos, Mariel. Ahí está el marciano de David Sheffler.

—Parece pilotar un molap...

—Ciertamente guarda una semejanza con los vehículos ligeros utilizados por los cosmonautas para recorrer la Luna; sólo que éste carece de ruedas.

—¡Ya está ahí, Warren! —exclamó Mariel, agazapándose atemorizada entre las rocas—. ¡Nos descubrirá!

—Tranquila. No puede vernos.

El artefacto alienígena fue aminorando la velocidad para detenerse suavemente a pocas yardas de los humeantes restos del Far-WA.

Se descorrió el vidrio de la cabina de conducción ajustándose a la parte posterior.

El individuo saltó a tierra.

Aquellas anchas planchas metálicas que le servían de zapatos levantaron una pequeña polvareda.

Permaneció unos instantes inmóvil.

Contemplando los calcinados restos del avión.

Extendió el brazo derecho.

Del esférico muñón dotado de orificios asomó un cilíndrico dedo de acero.

Y de allí brotó el rayo desintegrador.

Una serpiente de fuego que en cuestión de segundos hizo desaparecer toda partícula de los requemados restos.

En el lugar de la explosión sólo quedó un ancho círculo de cenizas que pronto serían barridas por el viento del desierto.

—Dios mío..., quiere eliminar todo indicio de nosotros—murmuró Mariel—. Ya nadie podrá detectar los restos del Far-WA.

Bishop no hizo comentario alguno.

Tenía la garganta reseca.

Contrastando con el frío sudor que le bañaba el cuerpo.

Contempló casi sin respiración el retorno del individuo hacia el vehículo.

No llegó a subir.

Giró lentamente.

Enfrentándose a las montañas donde se refugiaban Bishop y Mariel.

—Parece..., parece que nos esté observando.

Warren Bishop tragó saliva.
Compartía la opinión de la muchacha.
Aquel engendro del diablo parecía estar observándoles.
Comenzó a caminar.
Hacia los montículos.
Se detuvo unos instantes junto a la roca donde Bishop y Mariel iniciaron el escarceo amoroso tan bruscamente interrumpido.
—El muy… ha descubierto nuestras huellas, Mariel.
En efecto.
El alienígena reaccionó.
Las planchas de sus zapatos se elevaron unas pulgadas rompiendo el contacto con el terreno. Avanzó ahora a mayor velocidad hasta llegar a lo alto del promontorio.
Seguidamente descendió con igual rapidez para adentrarse por el desfiladero.
No dudó ante el laberinto de montañas.
Eligió el peñasco donde se hallaban Bishop y la joven.
—Sabe dónde estamos —dijo Warren Bishop, accionando una de las recámaras del rifle—. Sin duda le guía alguna especie de radar.
—¡Dispara, Warren! ¡Dispárale antes de que llegue!
Bishop asintió.
Con las mandíbulas fuertemente apretadas.
—Eso es lo que voy a hacer, Mariel. ¡Enviarle al infierno!

* * *

Warren Bishop se asomó por entre las rocas.
Ya sin temor a ser visto.
Contempló el avance del individuo. Ya más pausado. Flotando sobre la pedregosa pendiente. Escalándola con facilidad.
En el muñón de su brazo derecho se había ocultado el dedo desintegrador siendo reemplazado por otro más corto.
Continuaba subiendo.
Aunque la distancia resultaba todavía considerable, Warren Bishop decidió apretar el disparador.
No podía fallar.
La mira telescópica enfocó el bermejo vidrio del yelmo.
La capacidad de fuego del Sheik-77 en su dimensión de proyectil explosivo. Nada de balas convencionales.

Bishop no quería correr riesgos.

Apretó la palanca de disparo.

Sí.

Alcanzó de lleno su objetivo.

Warren Bishop contempló el leve oscilar de la escafandra instantes antes de recibir el impacto.

Y ése fue su único efecto.

La explosión del esférico proyectil no le había ocasionado el menor daño.

Prosiguió avanzando,

Ahora a mayor velocidad.

Extendió el brazo derecho.

—¡Dispárale, Warren! ¡Dispara! —gritó Mariel, dominada por el terror—. ¡Dispara otra vez!

Bishop obedeció, aunque desviando el cañón del rifle.

Dejó de apuntar al alienígena para centrar el fuego sobre una gigantesca roca que sobresalía en la hondonada.

Accionó la palanca una y otra vez.

Sucesivas explosiones que hicieron mella en la descomunal piedra que se desprendió rodando por la pendiente.

No fue la única.

Su aparatosa bajada arrastró consigo un cúmulo de rocas que originaron un verdadero alud.

Pesadas rocas que en su violento choque hacían estremecer la tierra.

Tras el estruendo todo quedó envuelto en rojiza polvareda que tardó en disiparse por completo.

Bishop y Mariel pudieron entonces comprobar los efectos causados por el desprendimiento.

El extraterrestre había sido alcanzado por dos de aquellas gigantescas piedras y un sinnúmero de reducido tamaño,

Bishop abandonó el refugio iniciando el descenso.

—¡No, Warren! ¡No vayas!

Hizo caso omiso a la súplica de la muchacha.

Ya próximo al lugar disminuyó su carrera colocando el Shetk-77 en posición de disparo.

El yelmo, la pierna izquierda y parte del brazo derecho era lo único que asomaba por entre las piedras.

El resto de su cuerpo había quedado aplastado y aprisionado.

Mariel llegó jadeante.

—¿Está… está muerto?

—Al menos lo parece. Está inmóvil.

—No… no lo toques, Warren.

—Voy a quitarle esa especie de casco. Quiero ver su rostro y…

De la plancha del zapato izquierdo empezó a brotar un humo azulado. Un vapor que se fue extendiendo por la pierna. También surgió del yelmo. Sobresalía igualmente de entre los huecos ofrecidos por las rocas.

—Cielos… se… se está licuando…

—¡Atrás, Mariel!

Retrocedieron.

No se originó la explosión temida por Warren Bishop.

En pocos segundos el cuerpo del alienígena pasó a convertirse en una masa gelatinosa.

En un proceso de autodestrucción que no culminó hasta borrar toda huella del individuo.

La alucinante escena hizo que Mariel buscara refugio en los brazos de Warren Bishop.

—Ya todo ha terminado, pequeña…

—Pueden venir más, Warren… Llegarán en busca de su compañero. Puede incluso que sepan ya lo ocurrido.

—No lo dudo, pero nosotros ya estaremos muy lejos.

—¿Qué quieres decir?

Bishop sonrió.

Animosamente.

—Ya tenemos vehículo para salir del Shawn Desert. La joven agrandó los ojos.

Parpadeó perpleja.

—¿No… no estarás pensando en…?

—¿Por qué no? —dijo Bishop, ampliando la sonrisa ¿Acaso no te gustaría viajar en un coche marciano?

CAPITULO X

El asiento de la cabina albergaba fácilmente a dos personas.

El panel de conducción formado por dos esferas y una hilera de luminosos pulsadores y palancas. De entre las dos esferas sobresalía la barra horizontal,

Warren Bishop comprobó la movilidad de aquella barra.

Podía realizar un giro de hasta ciento ochenta grados.

—Esto debe ser el volante...

Mariel empezó a reír.

Una risa nerviosa.

Casi histérica.

—Oye, Warren..., ¿lo has pensado bien?

—No, Mariel. No lo he pensado bien por la sencilla razón de que no podemos hacer otra cosa. ¿Acaso prefieres quedarte aquí? Poco duraría nuestro vagar por el Shawn Desert sin agua ni alimento alguno.

La joven movió repetidamente la cabeza.

—Tienes razón...

Bishop abarcó entre sus manos el rostro femenino.

Besó los labios de Mariel.

—Todo saldrá bien, Mariel. Y espero que te sirva de lección.

—No me arrepiento de nada, Warren. Quiero correr tu misma suerte. No me importaría morir a tu lado.

Se miraron a los ojos.

Volvió a besar los trémulos labios de la muchacha.

Ahora con más pasión,

—Bueno, Mariel... Sigamos investigando. ¿Por qué botón empiezo? ¿Cuál te resulta más antipático?

La joven rió ya más relajada.

—Ese rojo.

—¿Este? —inquirió Bishop, pulsando uno de los botones del panel. Transcurridos unos instantes, añadió—: Nada, No has tenido suerte. Este cacharro no se mueve.

—Si al menos se cerrara el cristal... El sol nos castiga con fuerza.

Bishop accionó otro de los pulsadores.

Sin que se alterara la inmovilidad del vehículo.

—Estoy tentado de sacudirle una patada.

—Fíjate, Warren... Todas las palancas están hacia abajo. Todas menos una. Esa de la izquierda. La primera.

—Sí, tienes razón. Bueno. Tenemos dos opciones, Mariel. Colocar todas las palancas hacia arriba o accionar la primera hacia abajo. ¿Qué decides?

—Terminaremos antes moviendo una sola palanca.

—*Okay*.

Warren Bishop accionó la primera palanca de la izquierda.

Uno de los botones del panel se iluminó mientras que los otros iniciaban un parpadear en cortas y reiteradas intermitencias.

El vehículo emprendió la marcha a la vez que se cerraba el cristal de la cabina.

— ¡Lo hemos conseguido, Warren! ¡Lo hemos conseguido!

—Maldita sea...

—¿Qué ocurre?

—El volante... esta condenada barra ha quedado bloqueada. —Bishop manipuló en los diferentes mandos del panel—. ¿Cómo diablos voy a poder cambiar la dirección?

El vehículo había realizado un amplio giro para luego iniciar una recta trayectoria.

A una velocidad fija no superior a las cien millas por hora.

Warren Bishop siguió pugnando por mover la barra-volante.

—Vamos hacia el este, Warren. Nos adentramos aún más en el Shawn Desert. Y la ruta que nos conviene es la del oeste.

—Lo sé, maldita sea... Me temo que la conducción está ya programada. De ahí el bloqueo. Incluso esta velocidad. Es la que el marciano mantuvo al aproximarse al Far-WA. Ahora, al reanudar la marcha, lo hace con esa velocidad ya registrada.

—¿Quieres decir que vamos hacia un lugar ya determinado?

—Eso creo, Mariel.

Intercambiaron angustiosa mirada.

—¿Vamos a... a...?

—Sí, Mariel. Sospecho que este cacharro nos conduce directamente a la base marciana.

Mariel tendió nerviosamente sus manos hacia el panel.

Empezó a presionar botones y palancas, pero en nada quebró el funcionamiento del vehículo.

Siguió con su longitudinal trayectoria que sólo varió en contadas ocasiones para bordear montañas o zigzaguear salientes alteraciones del terreno.

Fue a los veinte minutos de angustioso recorrido cuando divisaron las colinas que destacaban sobre la monocorde planicie.

Altas y escarpadas montañas que formaban endiablado laberinto de peñascos, barrancos y desfiladeros.

Bishop y Mariel volvieron a intercambiar una mirada.

En silencio.

No eran necesarias las palabras.

Ambos sabían que aquellas montañas era donde David Sheffler descubriera al alienígena y la supuesta base subterránea de OVNI.

La muchacha se apretó más contra Bishop.

En busca de protección.

Warren Bishop percibió el tenue temblor del cuerpo femenino.

Rodeó los hombros de Mariel.

Con un ánimo que él estaba muy lejos de sentir.

Se aproximaron al serpenteante desfiladero. Resultaba impresionante y sobrecogedora la escolta de aquellas lisas y frías paredes de piedra. El recorrido por aquel dédalo fue corto.

El camino quedó cortado por una ciclópea roca protegida por gruesa capa de polvo rojizo.

El vehículo se detuvo.

No se posó en tierra, sino que quedó flotando en el aire.

Levitando con suavidad.

Pronto quedó inmóvil.

No se deslizó el vidrio de la cabina.

Parecía esperar algo.

Bishop y Mariel mantenían la mirada fija en aquella desnuda pared rocosa.

—Bueno, Mariel… Creo que ya hemos llegado.

—Sí…

Transcurrieron los segundos.

Tensos.

Angustiosos.

—De saber donde está el claxon les anunciaba nuestra llegada —comentó Bishop, falsamente irónico—. No salen a recibirnos.

—No has pronunciado las palabras mágicas.

Warren Bishop sonrió.

—Ah, sí… Lo había olvidado… ¡Ábrete, Sésamo!

Y ante los aterrorizados ojos de Bishop y Mariel la montaña comenzó a abrirse lentamente.

CAPITULO XI

El vehículo reemprendió la marcha.

En dirección a la abierta gruta.

Apenas penetrar en aquella oquedad emprendió vertiginosa velocidad. Como si fuera atraído por potente centro de gravedad.

Mariel se abrazó con todas sus fuerzas a Warren Bishop.

Atravesaron un largo túnel.

En la más completa oscuridad.

Aquellas tinieblas se disiparon al final de la galería. Cuando el vehículo aminoró la velocidad y se depositó suavemente sobre la circular sala.

Junto a cinco «molaps» de iguales características.

El vidrio de la cabina se deslizó.

Warren Bishop descendió del vehículo aferrando con ambas manos el Sheik-77.

La atemorizada Mariel se situó a su espalda.

—Bonito panorama, ¿eh, Mariel?

La muchacha asintió instintivamente.

Su mirada, temerosa y asombrada, contemplaba la estancia.

Circular. De paredes abovedadas dotadas de puntos electroluminescentes. No era visible puerta alguna.

Súbitamente brotaron del suelo cuatro cilíndricas cabinas de cristal.

En cuatro puntos equidistantes de la sala.

Formando un cuadrado.

En cada una de las cabinas iba un individuo.

Los cilindros se abrieron girando parte de su vidriera superficie.

Cuatro individuos cercaron a Bishop y Mariel.

Se cubrían la cabeza con una especie de máscara antigás que no permitía ver sus facciones.

El traje era similar al del alienígena sepultado, aunque no calzaban los pesados zapatos. Sí lucían las manoplas y aquel extraño cinturón dotado de ovaladas cartucheras.

—Suelta el arma, terrícola —dijo uno de los individuos—. Nada puedes hacernos,

ES sonido de aquella desdibujada voz hizo escapar un leve grito

de la garganta de Mariel.

Bishop nuevamente se esforzó en mantenerse tranquilo.

Incluso llegó a forzar una sonrisa.

—Al menos vamos a entendernos. ¿Quiénes sois?

—Suelta el arma, terrícola.

—¿Cómo...? Ah, sí,.., por supuesto. Somos gente de paz.

—Seguidme.

El individuo se alejó hacia la abovedada pared. Esta se descorrió abriéndose en una línea recta, cada vez más ancha, que iba desde el techo al suelo.

Bishop y Mariel obedecieron.

Se adentraron por un largo y ancho corredor pródigo en paneles electroluminescentes. El pasillo contaba con varios tubo-elevadores de diferente capacidad. Descendieron en uno de ellos para desembocar nuevamente en otra longitudinal galería.

Otro trayecto en tubo-elevador, sólo que ahora la cabina avanzó en horizontal.

Estaban en una auténtica ciudad subterránea.

El recorrido concluyó en una espaciosa habitación.

Techo y paredes luminiscentes. El mobiliario modular formaba ensamblaje con el suelo y muros.

Quedaron solos en la estancia.

El individuo que les sirvió de guía desapareció tras una puerta de guillotina.

—¡Oh, Warren! Tengo miedo...

—Tranquila, pequeña —Bishop abrazó con fuerza a la muchacha —. El hecho de que no nos hayan matado al bajar del molap es muy significativo. No quieren hacernos daño.

—¿Eso crees?

—¡Seguro! —sonrió Bishop, esquivando la mirada para que la joven no leyera la verdad en sus ojos—. Mira todo esto... Apuesto que nos han destinado a la mejor de las habitaciones,

Warren Bishop empezó a curiosear por la estancia.

El material que predominaba era el plástico. Los muros en láminas de aluminio rellenos de espuma plástica que eliminaba todo elemento estructural. Todas las uniones, juntas y revestimientos realizados con materiales y adhesivos plásticos. No se veía un solo clavo. Todos aquellos módulos y paneles encajaban perfectamente.

La cama y las dos mesas de noche formaban un solo elemento. El cabezal disponía de un mando-control.

Bishop pulsó el primero de los botones.

La cama comenzó a moverse con suavidad.

—¡Eh, Marie!...! ¡Cama mecedora! —rió Bishop, aparentando total despreocupación—. Sospecho que los marcianos tienen costumbres muy similares a las nuestras.

Continuó manipulando en el control.

Aparecieron armarios abatibles, surgieron sillas del suelo, muros correderos que descubrieron un maravilloso cuarto de baño...

Y también un robot portador de bebidas.

—¿Qué quieres beber, Mariel? —preguntó Bishop, olfateando las botellas—. Esto parece whisky...

— ¡Nada! ¡Y tú tampoco bebas, Warren! Puede estar envenenado.

Bishop, sin hacer caso a las recomendaciones de la muchacha, se había servido de una de las botellas.

Bebió un pequeño sorbo.

Chasqueó la lengua.

—¡Infiernos! ¡Es whisky! Apuesto que tiene más de diez años.

—No digas tonterías, Warren.

Bishop se sirvió ahora una buena dosis.

Con el vaso en la diestra se tumbó sobre el lecho.

La joven acudió a su lado.

—¿Por qué no duermes un poco, Mariel? Ha sido un día pródigo en emociones.

—Dudo que pueda.

Cinco minutos fueron suficientes para que Mariel se rindiera al cansancio físico y emocional.

Warren Bishop se incorporó sigilosamente.

Evitando despertar a la joven.

La indiferencia desapareció del rostro de Bishop. Sus facciones se endurecieron. Sombrías.

Inspeccionó la estancia.

Más minuciosamente que antes.

Súbitamente, sin que tocara mando alguno, se abrió una puerta camuflada en una de las paredes.

Una hoja de guillotina se alzó silenciosa.

Warren Bishop no dudó.

Con decidido paso avanzó penetrando en la estancia contigua.
La puerta se cerró tras de él.
Warren Bishop ni tan siquiera se percató de ello.
Su mirada estaba fija en el individuo situado tras la mesa. Acomodado en flexible y laminado sillón. Su rostro oculto por aquella extraña máscara. Las manoplas esferas. El negro traje mucílago…
Tras él, en un gigantesco mural, un complicado panel de aparatos, pantallas de diferentes tamaños, osciladores, amplificadores de imagen, sintonizadores…
—¡Adelante, amigo terrícola! Espero te encuentres bien entre nosotros. ¿Te ha gustado la habitación?
Bishop se aproximó.
Con la mirada fija en el individuo.
Esbozó una sonrisa.
—Sí. Muy confortable.
—Es mi habitación, Y este mi despacho. Mi mesa de operaciones. Toma asiento, Warren. Ese es tu nombre, ¿verdad? Al menos es el que pronuncia tu compañera Mariel. Puedes llamarme… «Coronel». Soy el jefe supremo de esta base subterránea.
—¿Una base… marciana?
Tras la máscara sonó una gutural risa.
—Correcto, Warren. Procedemos de Marte,
—Ya.
—No pareces muy convencido, y sin embargo te has desplazado hasta aquí en nuestra búsqueda. Siguiendo las declaraciones de David Sheffler.
—Me intrigaron. Máxime después de su muerte.
—Fue un error, Warren. No has debido hacerlo. Ni tampoco divulgarlo. ¿Quién más está al corriente?
Bishop se acomodó en el ondulado sillón metálico que nacía del piso.
Extrajo la cajetilla de tabaco de uno de los bolsillos.
Hizo asomar un cigarrillo que ofreció a su interlocutor.
Coronel movió instintivamente la zurda. En un leve ademán que cortó de inmediato.
—¿Te lo ha prohibido el doctor, Coronel? —sonrió Bishop.
—Debo confesar que es un vicio terrestre que me cautiva, pero no

quiero caer en él.

—Buen chico. Oye, Coronel… ¿por qué no te quitas esa ridícula máscara?

—La necesitamos,

—¿De veras? El marciano que vio David y el que murió en el desierto llevaba una especie de escafandra. Sin duda la atmósfera terrestre no es buena para vosotros.

—Correcto.

—Entonces os habéis tomado muchas molestias en instalar en esta base subterránea un perfecto sistema de aire acondicionado. ¿Para qué? No es respirable para vosotros.

—Hemos capturado a muchos terrícolas, Warren. Les hemos interrogado. De ahí la instalación del aire acondicionado.

—No, Coronel. Mientes. Aire acondicionado, muros de calefacción-refrigeración, whisky escocés… Demasiadas comodidades para prisioneros terrícolas. ¿Por qué no ponemos las cartas boca arriba?

—No comprendo…

—De Marte, ¿eh? Aun con la voz desfigurada apostaría que eres de Texas.

Coronel permaneció unos instantes inmóvil.

Llevó lentamente su diestra tras la nuca despojándose de la máscara.

—Te equivocas, Warren. Nací en Nueva York.

CAPITULO XII

Frisaba en los cincuenta años de edad. Cabello blanquecino. Frente despejada. Cejas largas y pobladas. Ojos oscuros. Nariz perfilada. Boca de finos labios. Barbilla firme.

—Mi nombre es Philip Fiedrich. Soy hijo del doctor Marc Fiedrich, científico nuclear dado por desaparecido finalizada la Tercera Guerra Mundial.

—Empiezo a comprender.

Philip Fiedrich rió en sonora carcajada.

—No, Warren. Tú no puedes comprender nada, pero yo te lo explicaré. Es lo menos que puedo hacer por un condenado a muerte. He seguido fingiendo para sonsacarte si habías hablado con alguien más de los… marcianos de Shawn Desert; aunque poco importa. De surgir alguien más será eliminado. Al igual que David Sheffler y Debbie Hemsley.

—¿Debbie? ¿Ella…?

—Sí, Warren. Y todo por tu culpa. Debbie, tras su conversación contigo, quiso registrar tu consulta. Es lo obligatorio en Unicontrol. Fue entonces cuando Debbie descubrió que misteriosamente había desaparecido del ordenador la consulta, Imposible registrarla. Probó a solicitar para ella misma una investigación sobre el OVNI del Shawn Desert descubierto por David Sheffler. Apareció la tarjeta-autorización. Todo normal. Luego, la curiosa Debbie, quiso comprobar si había sido memorizada la petición en el *computer*.

—Y no figuraba.

—Cierto. No constaba. Nosotros, desde aquí, dominamos todo el proceso del Center Computer de Unicontrol. De ahí que tampoco figurara la petición formulada por David Sheffler el día anterior. Cualquier mención a objetos voladores no identificados vistos por el Shawn Desert es borrada del ordenador. Dominamos el Center Computer de la sede general de Unicontrol.

—No era necesario matar a Debbie.

—Dejarla con vida era un grave riesgo, Warren. Fue sometida a vigilancia por uno de nuestros minúsculos transmisores de video-audio_. Temíamos que comunicara la anormalidad del computador a sus superiores, pero Debbie estaba asustada y prefirió buscar tu

consejo. Cuando tú llamabas a su apartamento ya estaba muerta.

—Bastardos...

Philip Fiedrich chasqueó la lengua.

—No eres justo, Warren. Comprende que un trabajo de veinticinco años y una desorbitada inversión de medios y hombres no puede peligrar por una estúpida mujer.

—¿Quién está tras todo esto? ¿Cuál es el diabólico plan?

Fiedrich volvió a reír en desaforada carcajada.

—¿Diabólico? Todo lo contrario, muchacho. Queremos lo mejor para nuestro mundo. Así lo entendió el presidente Crabe.

El rostro de Bishop acusó un indescriptible estupor.

—¿El presidente...?

—Sí, Warren. Buster A. Crabe I accedió al poder finalizada la Tercera Guerra Mundial. Al firmar con los recién creados Estados Unidos de Europa los tratados de Paz del Nuevo Mundo, empezó a inquietarse por el futuro del país. La prohibición de las armas nucleares, la cancelación de todo proyecto espacial, la difícil recuperación tras la contienda..., Buster A. Crabe I, por lo que pudiera pasar, ideó la construcción de una ciudad secreta. Una ciudad subterránea donde los hombres más cualificados continuaran investigando en el campo nuclear. Han sido veinticinco años de internamiento muy bien aprovechados, Warren. Hemos construido las más inverosímiles armas. Partiendo de los rayos lásers y másers hemos llegado al rayo desintegrador, al rayo que desplaza las moléculas de la materia, a sofisticados sistemas radar y antirradar, la construcción de vehículos de mecanismo astral... Una labor de veinticinco años. Los cinco primeros, coincidentes con los de posguerra y aprovechando el caos remante, fueron dedicados a la construcción de esta ciudad subterránea. Ya instalados nos dedicamos de lleno a la investigación. Mi padre está aquí enterrado. Junto con otros más. Yo tenía veinte años de edad cuando llegué aquí.

—Es... es increíble...

—Una empresa sin parangón alguno, Warren. Hombres y mujeres han permanecido aquí durante veinticinco años. Es nuestra ciudad. Dotada de todos los adelantos. Incluso sol artificial graduable. Alimentos hidropónicos... Topolandia. Así hemos bautizado a la ciudad. Tiene gracia, ¿eh?

—Estás loco… ¡Todos estáis locos…!

—No seas ridículo, Warren. El tiempo ha dado la razón a nuestro presidente Crabe. La crisis económica, energética, falta de recursos naturales… Todos los males acosan a nuestra nación.

—Por culpa de un mal gobierno.

—¿De veras? —Philip Fiedrich se encogió de hombros—. Es posible. Nuestra política en los países anexionados no ha sido productiva, pero afortunadamente todo cambiará. Vamos a dominar el mundo, Warren. La próxima toma de posesión del hijo de nuestro presidente, el joven Ralph Crabe II, marcará el inicio de una nueva era. El ambicioso sueño de Hitler se convertirá en realidad en el siglo XXI. Un solo hombre, Ralph Crabe II, dominará toda la tierra.

El rostro de Bishop comenzó a perlarse de diminutas gotas de frío sudor.

—¿Cómo espera conseguirlo? ¿Otra guerra?

—No será necesaria, Warren. Los historiadores del futuro respetarán el nombre del clan Crabe. La culpa de los trágicos sucesos que se originarán este año recaerá en los… marcianos.

—Fracasarás.

—Topolandia está habitada por poco más de quinientas personas. De ellas sólo cuarenta pueden catalogarse como soldados. Cuarenta hombres que pilotarán los diez platíbolos construidos. Diez OVNIS dotados de poderoso armamento nuclear contra el cual nada pueden las potencias integrantes de los Estados Unidos de Europa. Ya lo hemos comprobado atacando una de las ciudades. Lo de la central nuclear de Texas fue simple compensación. Para no levantar suspicacias. Pero sí atacaremos por sorpresa los puntos más vulnerables de Estados Unidos de Europa. Uno de ellos será el aeropuerto privado del premier de los Estados Unidos de Europa. Justo en el momento en que se dispone a emprender vuelo para visitarnos. Todo quedará arrasado. Ya tenemos sustituto para el premier. Un hombre fiel al presidente Crabe. Y así ocurrirá en otros lugares. Los puestos clave de gobierno serán ocupados por hombres adictos a los Grandes Estados de América. Todo el planeta bajo un solo poder.

—Un plan demasiado ambicioso para que sea coronado por el éxito.

—¿Por qué no? Las armas… terrestres nada pueden contra las

nuestras. ¿Olvidas que no se ha avanzado nada desde la Tercera Guerra Mundial? Y las nucleares fueron destruidas merced al Tratado de Paz del Nuevo Mundo.

—Se descubrirá el diabólico juego del presidente Crabe. Y todos se alzarán contra él. Incluidos los habitantes de los Grandes Estados de América.

—¿Cómo descubrirlo? Una vez cumplida la misión los OVNI desaparecerán para siempre. Topolandia será destruida o precintada. Y nosotros, sus fieles moradores, seremos generosamente recompensados. Ocuparemos cargos en los nuevos territorios conquistados para mayor gloria de los Grandes Estados de América. Cada uno de nosotros somos, por encima de todo, servidores de Buster A. Crabe I. Hombres elegidos. Disciplinados. Fieles hasta la muerte.

—Ya lo he comprobado.

—Cierto, Warren, cierto… Lograste aniquilar a uno de los nuestros. Pese al mortífero armamento de sus manoplas y demás equipo. El sistema de autodestrucción entró en funcionamiento. Así ocurrirá con cualquiera de nosotros en el hipotético caso de ser eliminado.

—Puede que fuerzas de los Estados Unidos de Europa capturen a uno de ellos con vida, Y se descubrirá el engaño.

—No, Warren. El yelmo con el que actuamos refleja un rostro deforme a voluntad. Las horribles facciones de un… marciano. De un extraterrestre. Se dejarán ver. Queremos que todos contemplen ese falso rostro que es simple holograma. En cuanto a caer prisioneros… de inmediato se procederá a la autodestrucción. Desde aquí puedo controlarlo todo. Absolutamente todo. En este gigantesco panel controlo la tecnología creada en Topolandia y domino por control remoto artefactos que lanzo al exterior. Incluso contemplé tu llegada y las ridículas palabras que pronunciaste. Te seguí la broma y abrí la… cueva.

—Poco te serviría tu poder sin la ayuda que te proporciona el presidente desde el exterior.

Philip Fiedrich sonrió con suficiencia.

—Vuelves a estar equivocado, Warren. Nadie, exceptuando los que aquí estamos, conoce la existencia de Topolandia. Sólo el presidente Crabe. Ni tan siquiera su hijo Ralph está al corriente. Yo

soy el cerebro de todo. Mi padre fue el jefe y yo heredé el gobierno de la ciudad subterránea. Estoy orgulloso de ella.

—Eres un pobre demente, Philip. Cuando inicies el proyectado ataque se descubrirá este lugar y...

—¡No! ¡No! ¡Tú sí que eres un pobre ignorante! —Philip Fiedrich se incorporó acudiendo al panel—. La tecnología que hemos alcanzado es invencible. No hay radar capaz de seguirnos, y si alguien diera con esta ciudad...

Fiedrich avanzó unos pasos.

Se situó frente a un disco rojo que destacaba en el complicado cuadro de mandos,

—¿Sabes qué es esto, Warren? Si aprieto este disco toda la base sería destruida en horrenda explosión. Sin posibilidad de salvación para nadie. No hay medio alguno que paralice el proceso de autodestrucción. Topolandia sería desintegrada. Arrasada... pero eso jamás ocurrirá.

—No hay duda, Philip. El vivir como una rata te ha afectado el cerebro.

Fiedrich endureció las facciones.

—Vas a morir, Warren, pero no te preocupes por tu bella compañera. Voy a decirte el único inconveniente de Topolandia. Hay muy pocas mujeres. Mariel será mía. Cuando me canse de ella la ofreceré al resto de...

Warren Bishop se incorporó del asiento. No se abalanzó sobre Fiedrich, sino que saltó ágilmente sobre la mesa precipitándose hacia el panel mural.

—¡No...! ¡No...! ¡No lo hagas!

Los desgarradores gritos de Philip Fiedrich no impidieron que Bishop presionara el disco rojo.

* * *

La palidez de Fiedrich fue cadavérica.

Las piernas le flaquearon.

Empezó a temblar visiblemente. Abriendo y cerrando la boca. Sin reaccionar. Con el rostro desencajado.

—Bueno, Philip —sonrió Bishop—. Esto se termina, ¿no es cierto?

—Cinco minutos..., cinco minutos —balbució Fiedrich—. Todo

esto se desintegrará en cinco minutos...

—Perfecto. Tienes tiempo de encomendar tu alma al diablo.

—Maldito..., maldito seas...

Philip Fiedrich se precipitó hacia el panel.

No llegó a rozar ninguno de los mandos.

Warren Bishop se lo impidió rechazándole con violencia.

—No, Philip... No consentiré que hagas nada por salvar tu maligna base.

—¿Salvarla? —gritó Fiedrich con desorbitados ojos—. ¡Ya nada puede detener el proceso de autodestrucción... ¡Está condenada! Nosotros sí podemos salir de aquí...

—Mientes, Philip.

—¡Juro que es cierto...! Yo mismo he programado esa única salida de emergencia para casos límite. Una cabina esférica propulsora... se proyectará lejos de aquí. ¡Tenemos poco tiempo, Warren!

Bishop se encogió de hombros.

Nada tenía que perder.

—*Okay*, Philip. Adelante.

Philip Fiedrich se precipitó nerviosamente sobre el disco rojo. Lo hizo girar. Primero a la izquierda. Luego a la derecha. Nuevamente a la izquierda...

Como si realizara la combinación de una caja fuerte.

—Ya está, Warren... ¡Pronto! En mi habitación surgirá la cabina esférica. Se autoproyectará a los cuatro minutos de haber sido presionado el disco rojo, ¡Un minuto antes de la desintegración total!

Corrieron a la estancia contigua.

Justo en el momento en que emergía del suelo una transparente esfera de unos dos metros de diámetro. Dotada de un extraño equipo en su parte superior.

—¡Despierta, Mariel! —exclamó Bishop zarandeando a la muchacha—. ¡Hay que salir de aquí!

—¿Qué... qué ocurre?

Tras ellos sonó la risa de Philip Fiedrich.

—No tengas prisa, Warren... Voy a viajar solo.

Fiedrich había extraído una diminuta pistola de segmentado cañón de una de las cartucheras de su cinturón.

La esfera se abrió con fuerte zumbido.

Eso hizo que Fiedrich desviara la mirada.

Fugazmente, pero Bishop no desaprovechó aquella oportunidad,

De un puntapié le obligó a soltar el arma. Utilizó el otro pie para seguidamente golpear a Fiedrich en el bajo vientre.

—¡Adentro, Mariel!

—Pero...

La perpleja muchacha fue arrojada violentamente al interior de la esfera.

Warren Bishop fue tras ella justo cuando la cabina comenzaba a cerrarse.

Philip Fiedrich gateaba desesperadamente hacia la esfera.

No llegó a tocarla.

La cabina esférica inició vertiginosa trayectoria a través de un tubo conductor.

A supersónica velocidad.

Un minuto más tarde una horrenda explosión sacudía las entrañas de la tierra

EPILOGO

Philip Fiedrich lo había programado todo muy bien.

El cohete-esfera inició el descenso ya fuera de la desolada tierra del Shawn Desert. El mecanismo de aterrizaje hizo que se posara con suavidad.

Apenas Bishop y Mariel abandonaron la cabina, ésta se autodestruyó.

Ninguna prueba.

Nada que les delatara.

Bishop y Mariel fueron recogidos por un convoy de la comarcal Cormanville de Nevada. Desde el aeropuerto de Tonopah se estableció contacto con Edward Welles. Emprendieron vuelo hacia San Francisco.

Llegaron a la ciudad con las primeras luces del nuevo día.

Y en el aeropuerto San Francisco-12 les esperaba el mismísimo director de Telemundo-3.

—¡Gran Dios...! ¿De dónde sales, Warren? ¿Qué os ha ocurrido? ¿Qué fue del Far-WA...?

Bishop esbozó una sonrisa.

—Demasiadas preguntas, señor. Y estoy muy cansado para responder a ellas. El avión...

—¡Al diablo con él! ¡Y también con tu descanso! Te necesito, muchacho. Tienes que ir a Washington. Hay grandes acontecimientos. El presidente Crabe ha fallecido.

—¿Que ha...?

—Si, Warren. Hace apenas un par de horas. Un fallo cardíaco. El denominado Grupo Hombres Justos, hasta ahora marginado por sus críticas al gobierno, ha hecho renunciar al hijo de Crabe. Por primera vez en veinticinco años se van a celebrar elecciones presidenciales. Douglas Salkow, uno de los miembros del Grupo Hombres Justos, se presenta como candidato. Promete la disolución de Unicontrol y...

—Un momento, señor, un momento... ¿Es cierto todo eso?

—¡Seguro, Warren! Se avecinan nuevos tiempos y muchos cambios. Telemundo-3 hará campaña en favor de Salkow. Nos espera un prometedor futuro si esos malditos OVNI lo permiten.

Bishop y Mariel intercambiaron una mirada.

—Tengo una corazonada, señor. Los OVNI ya no aparecerán más.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Ya se lo he dicho. Simple corazonada. Esta noche partiré hacia Washington.

—¿Esta noche? Es ahora cuando…

—A la noche, señor. Estoy muy cansado.

Edward Welles asintió.

—Correcto, Warren. Ya ine explicarás tu odisea por el Shawn Desert. Toma las llaves de mi auto.

Bishop y Mariel se encaminaron al parking.

—Warren…

—¿Sí, Mariel?

—No vamos a decir nada, ¿verdad?

—Nò, Mariel. Me temo que tampoco nos creerían. Incluso yo mismo sospecho haber vivido una pesadilla.

—Olvidémosla, Warren. Llévame a casa.

—No quiero separarme de ti, Mariel. Te necesito. Máxime ahora que parece brillar un nuevo horizonte para nosotros. Apoyaré a Salkow, ¿Y tú?

Marie! Sonrió.

—¿Te digo una cosa, Warren? Salkow u otro… No importa. Me temo que jamás escarmentaremos.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

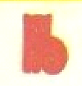
Selección



que se los ofrece ahora semanalmente y en cada uno de los cuales hallará siempre las mejores novelas escritas por los más afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

Impreso en España